LOS OJOS DEL GATO

Cuentos Extraordinarios

Fabián S. Donnini

Fabián S. Donnini

LOS OJOS DEL GATO

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Donnini, Fabián Sebastián
Los ojos del gato / Fabián Sebastián Donnini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-87-3351-7

1. Novelas. I. Título.
CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA
www.autoresdeargentina.com
info@autoresdeargentina.com

Diseño de tapa y fotografía:
Guillermo A. Bautis
gabdesign@gmail.com

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etc. Cualquier reproducción sin el permiso previo por escrito de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Índice

Prólogo
Ángel
El Contrapiso
El Hombre de la foto
El libro de los números
El pez que cayó del cielo.
El puente de las almas
Hymn to her
La Ciudad Perdida de Ubar
La extraña vida de Hans Krommell
Like a burning paper in the air.
La Flor de Novalis
Los ojos del gato
Pequeños detalles
La otra puerta
Viaje al origen del Universo
Wondering

Agradecimientos

A Fabiana Basile, Ángel “*Dr. Fausto”* Di Risio y Martha Cataldi, por las correcciones y sugerencias.

A Jorge Millet por su colaboración en la búsqueda biográfica de la vida de Hans Krommell,
sobre todo del *período oscuro o Italiano.*

A Guillermo Bautis quien además de su profesionalismo y creatividad en el diseño de la
cubierta, tomó varias fotos hasta lograr que mi cara pudiera estar en la contratapa.

Al *“Kid Caimán”* Camilo Giani por su permanente apoyo, y por su prólogo (en realidad
publico solo para que él escriba en mis libros).

Especialmente a Karl Muller (nieto de Frika Krommell), quien nos facilitó las obras completas de Hans Krommell; y al profesor Enrique Guillot Puig, quien tradujo del alemán los textos.

Para mis hijos María Paz y Juan Sebastián
y para Andrea, mi esposa eterna.
Sin ellos no soy nada.

Prólogo

Fabián Donnini presenta aquí su segundo libro de ficción literaria. Es un conjunto de relatos, algunos muy breves, no por ello menos impactantes y otros de amplio desarrollo, como aquel trabajo que da merecidamente nombre al libro.

Ahora que este cardiocirujano, saliendo del pautado y muy organizado mundo quirúrgico, se vuelve a aventurar en los a veces cenagosos terrenos de la literatura, sus lectores no nos sorprendemos. Ya lo hemos hecho al recorrer las páginas de su obra prima

La partida de Alan Moral y hemos desde entonces sabido que Donnini está dotado para la alta redacción enigmática.

¿Quién es Alan Moral? O, mejor ¿quién fue? Repasando las hojas de su libro anterior tenemos nítida contestación a los interrogantes. Pero ahora, en las apenas entintadas páginas de estos *ojos del gato*, se reencarna un tal Allan Moral, así, con doble ele, que, malgré la consonante diferencia, no deja de ser un personaje iterativo.

Donnini juega con eso y con muchas otras configuraciones, signando un esteticismo peculiar. La genética de su padre, artista plástico, lo hace dialogar permanentemente con el coautor de sus días de forma transmundana. Logra transmitir su universo interior a sus lectores, provocando en ellos inquietud y a veces cierto desasosiego.

Veamos ahora, a través de los ojos del felino, ese mundo interior y descubramos el milagro, siempre renovado, de la literatura como fuente de placer intelectual y pensamiento creativo.

CAMILO A. GIANT

Ángel

No bien hubo terminado de hablar, Masshud de Antenexas reconoció a su viejo maestro entre la multitud. Aquel se le acercó y dijo:

—Ha pasado tanto tiempo desde que partiste, que pensé que nunca más volvería a verte, y ahora que te he escuchado me doy cuenta cuánto has evolucionado desde aquellos tiempos en que eras mi discípulo. Quizás debiera ser yo tu alumno.

—Tus palabras me llenan de orgullo, Anfóstenes. Por mi parte siempre he recordado al hombre que me inició en la búsqueda de la sabiduría eterna.

Caminaron lentamente como hacía tanto tiempo y recordaron aquellas épocas eludiendo la nostalgia, hasta que en una pausa, el anciano preguntó al fin aquello que lo inquietó desde el comienzo.

—Algo me ha impresionado de tu discurso Masshud, y es la manera en la que te refieres a la muerte. Lo haces como si realmente la hubieras vivido.

El joven volteó hacia él sabiendo que su maestro lo había notado desde el comienzo, hizo una pausa y le susurró al oído:

—Lo que sucede querido Anfóstenes, es que yo ya he muerto varias veces.

El viejo maestro abrazó con emoción a su antiguo discípulo, y no se sorprendio cuando sus manos atravesaron al ángel como a una bruma...

El Contrapiso

A Mora

El señor Cornejo observaba cómo desde lo alto de un andamio, un par de obreros emparchaban una grieta de una pared exterior evidentemente deteriorada por una enredadera que se aferraba al muro en una extraña simbiosis.

Hacía sólo quince días que habían adquirido la vieja casa de Palermo, la cual había estado deshabitada desde años atrás debido a una sucesión dificultosa.

Cornejo era empleado de una multinacional y debía viajar al día siguiente a la casa central en Dallas por dos semanas, el hecho de tener que dejar todo en manos de su familia no lo intranquilizaba sino que lamentaba no poder estar para observar las pequeñas metamorfosis que llevarían la vieja casona a ser la residencia de sus sueños.

—Quince días no son nada para esta gente. ¿No ves que hace tres que están terminando de arreglar esa rajadura? –Le dijo su hija– Cuando vuelvas todo va a seguir igual.

—Espero que no tengas razón porque debemos dejar el departamento en un mes. –Contestó él.

—Señor Cornejo...–se escuchó la voz del arquitecto Galli– ¿puede venir por favor?

Fue acompañado por su hija al living donde vieron a Galli inclinado en el piso.

—Mire esto don Aníbal –dijo Galli– estos tablones de pinotea son muy buenos pero la mayoría están podridos.

—¿Podridos? –preguntó Estela.

—¿Cuán podridos? –agregó él.

—Miren. –Galli levantó su pie derecho unos veinte centímetros y lo dejó caer con violencia, hundiéndose a través de dos tablas.

—Papá ¡Está repodrido!

—Sí nena, ya veo. Y... dígame arquitecto, cuánto puede salir arreglar esto.

—Habría que cambiar casi la totalidad del piso del living y parte del comedor, en los cuartos está bastante bien , es un gasto que no habíamos tenido en cuenta. Si bien es muy lindo, este tipo de piso es muy caro.

—Y... ¿no se puede cambiar de tipo de parquet? –preguntó Estela.

—Sí, hay otros pisos más baratos pero...–Galli se detuvo y encendio el noveno Chesterfield en lo que iba de la mañana, exhaló una corta bocanada de humo, y continuó– ¿No les gustan los pisos de cemento?

—¿Cómo de cemento? –inquirió Cornejo.

—Sí papá, –interrumpió Estela– Son bárbaros, y están de moda.

—Le puede poner unas guardas en los bordes, coloca el cemento, lo pulimos, y le va a salir mucho más barato, es más , creo que va a ser todavia más barato que plastificar el piso éste, como usted pensaba. –afirmó Galli mientras hacía cuentas con una calculadora.

—Bueno... este... no sé qué decir. ¿Por qué no llamás a tu madre y a tu hermano a ver qué les parece?

Estela salió corriendo a las escaleras que conducían al primer piso. Entonces Cornejo preguntó.

—Dígame Galli, ¿eso va a quedar bien, o va a parecer un restaurante?

—Ahora se usa mucho, a mí particularmente me gusta, le pusimos uno igual hace unos meses en el living a la casa quinta del actor Jorge Vázquez que quedó brutal, además se ahorra unos mangos que no son despreciables, mire, casi mil pesos.–dijo mostrando el cristal de la máquina.

—Está bien, si usted lo dice.

—Usted fume tranquilo.

—Ya dejé de fumar. –replicó Cornejo.

—Está bien es sólo una expresión, quiero decir que no se preocupe. En unos días lo terminamos y se fija cómo queda.

En ese momento, Estela volvió con su madre y su hermano.

—Estamos todos de acuerdo papá, es una buena idea.– dijo Francisco.

—Aníbal, –su esposa se acercó y lo apartó unos metros– en los bares queda muy bien, pero nunca lo vi en las casas. ¿A vos te gusta?

—Pero querida, es lo que se usa ahora, va a quedar bárbaro. ¿Sabés quién tiene uno igual? Jorge Vazquez, el actor, en su casa quinta.

—¿Y vos cómo sabés?

—Lo vi en una revista. Vos fumá.

—¿Qué?

—Que te quedes tranquila, pero estás hecha una vieja, la casa va a quedar bárbara y muy moderna. Galli... rompa todo nomás.

—Bueno.

Al volver de almorzar, la familia Cornejo se encontró con una montaña considerable de tablones de pinotea apilados en un extremo del living, un pozo donde antes se encontraba el piso, escombros, papeles de diario viejos y unos huesos que por su tamaño debían pertenecer a un roedor.

—¡Qué horror! –exclamó Aurelia.

—No te preocupés querida, es el contrapiso, se ve que se juntó mucha suciedad en tanto tiempo que la casa estuvo deshabitada. –Cornejo se acercó a Galli y cuando vió que su esposa estaba lo suficientemente lejos como para escucharlo le dijo:

—¡Qué horror! Va a quedar bien, ¿No?

—Usted fume, don Aníbal. ¿Qué esperaba encontrar debajo del piso? La casa estuvo deshabitada tanto tiempo que hasta las ratas se murieron de hambre.

—Sí, claro...

La voz de Estela los interrumpió.

—¡Papá, Mamá, vengan a ver!

—¿Qué pasa?

—Miren, ahí abajo hay como una pequeña puerta de metal.

—Es cierto, –dijo Galli mientras se acercaba a ella eludiendo los escombros– ¡Rubén! –Gritó, y uno de los obreros vino rápidamente.

—A ver, fíjese si puede mover estos escombros.

Estela observaba fascinada, igual que su madre; Francisco, en cambio, tenía cara de desconfianza. Al cabo de unos minutos dijo en voz baja:

—No piensan levantar esa tapa., ¿No?

—¿Por qué? –Preguntó Estela.

—A ver si hay un muerto enterrado ahí abajo.

Todos quedaron mudos por un instante. Hasta el peón abandonó su tarea. Finalmente Estela argumentó:

—Yo creo que puede haber un tesoro escondido.

—¿Quién va a ser el estúpido que guarde un tesoro en ese lugar? –preguntó Francisco.

—¿Dónde vas a guardar un tesoro para que nadie lo encuentre? –replicó Estela.

—Y después vendés la casa, y no te lo llevás. –dijo racionalmente su hermano.

—Yo creo que Panchito tiene razón –dijo su madre,– mejor no abramos nada total así estamos bien.

—Pero mamá, no le hagas caso a este cobarde, si hay un muerto se tapa de nuevo y listo.

—Y te mudás vos sóla acá porque yo no pienso venir. –dijo Francisco.

—Sí Estelita, ¿para qué complicarnos la vida? Dejemos todo así.

—Arquitecto, ¿qué hago? –preguntó el peón con cara de susto– Mejor dejamos todo como dice el pibe.

—Aníbal, ¿qué quiere hacer? – Galli miró fijamente al señor Cornejo mientras abría su segundo atado de cigarrillos.

—Bueno...¿Qué puede ser esa puerta?

—Yo soy arquitecto, no adivino.

—Sí, pero, ¿no puede ser un sótano, o el pozo ciego?

—En medio del living no creo que sea el pozo ciego. Un sótano podría ser, pero no está en los planos. Hay que abrir y mirar.

—¿Y si hay un muerto? – preguntó con una expresión de pánico Aurelia– ¿Qué hacemos?

—Y... habría que avisar a la policía... creo...–dijo el arquitecto.

—Y, ¿cómo vivimos acá?

—Mire señora, si pasa eso, la policía va a venir y va a investigar, lo que les va a llevar mucho tiempo, así que no creo que puedan mudarse por ... digamos... con lo rápida que es la justicia...unos años.

—Entonces tápelo. –dijo Aurelia.

—Bueno, como usted quiera. –Galli aspiró una bocanada de humo y volvió a mirar al señor Cornejo.– ¿Lo dejamos?

—Bueno...en realidad, creo que va a ser lo mejor.

—Pero papá...

—Ya escuchaste a tu madre y a tu hermano, –interrumpió Aníbal– va a ser mejor así. Después lo discutimos a la noche.

Luego la familia Cornejo se retiró. Esa noche Aurelia le ayudó a preparar las valijas, su avión salía a las siete y treinta. Durante la cena casi ni se habló del contrapiso. El señor Cornejo se acostó temprano pero no pudo conciliar el sueño, primero por el viaje, y luego por la extraña puerta metálica. ¿Y si su hija tenía razón? Podrían estar viviendo toda su vida arriba de un tesoro sin saberlo. Él no había conocido al dueño original de la

casa ya que ésta había entrado en una sucesión, así que Estela bien podía estar en lo cierto. Pero por otro lado, tampoco sabía en qué circunstancias había fallecido el dueño de casa. Para colmo, mañana salía su avión y al volver ya no podría hacer nada.

Sus pensamientos continuaron desvelándolo hasta que miró el reloj despertador. En números rojos brillantes, el display indicaba las tres de la mañana, su esposa estaba profundamente dormida, se levantó lentamente para no hacer ruido y comenzó a vestirse. Tomó la valija y salió rumbo a la casona a las tres y treinta. Era una noche cerrada y en la casa no había luz, pero sabía dónde guardaba Galli una linterna. Cuando partió el taxi, la calle se oscureció por completo. Al llegar a la puerta miró nuevamente su reloj que marcaba las cuatro menos diez. Pensó que tenía al menos una hora para levantar la puerta y explorar qué había debajo, ya había resuelto que si lo que hallaba era desagradable no diría nada y quizás más adelante podría vender la propiedad, pero la idea del tesoro iba cobrando fuerza en la medida que corrían los minutos. Abrió la reja del jardín, que se encontraba sin llave, y se dirigió a un pequeño cuartito que hacía las veces de obrador. A tientas pero bastante rápido encontró la linterna de Galli e ingresó a la casa por la puerta de atrás. Una vez en el living caminó rumbo a la puerta por entre los escombros y con ayuda de una barra de acero la levantó por uno de los bordes.

La puerta era muy pesada pese a su tamaño bastante más chico que lo habitual, no tendría más de un metro cincuenta de alto, y como estaba sobre el piso arrodillado, tuvo que apoyar la linterna en el suelo para poder terminar su tarea con ambas manos. Finalmente logró levantar parcialmente la misma, de tal forma que debía sostenerla para que no se cerrase. Tomó la linterna con su mano derecha mientras sostenía con la otra la puerta a modo de parante, e iluminó hacia abajo.

Observó unos tablones que hacían las veces de escalera, y los fue explorando hasta llegar a un piso lleno de papeles y maderas. Repentinamente, un destello de un extremo del recinto llamó su atención. Dirigió hacia allí la luz de la linterna y observó que el lugar no mediría mas de tres metros cuadrados, y en una esquina, parcialmente cubierta por unos trapos sucios se hallaba una gran caja negra con una manija metálica y un emblema cromado en la parte delantera.

—¡Una Caja fuerte! –pensó. E instintivamente comenzó a bajar por los escalones. Entonces se dio cuenta que a medida que descendía la puerta se

cerraría por encima suyo, dirigió la luz hacia el piso del living (que ya estaba a la altura de su cuello) buscando una madera para usar de parante, y en ese momento, uno de los tablones de la escalera cedio bajo sus pies y Cornejo cayó al vacío mientras el resto de la escalera se iba rompiendo a medida que su cabeza golpeaba sobre ella. La puerta metálica permaneció detenida en la misma posición unos segundos, tal vez por el óxido de sus bisagras, para, luego de un chirrido, caer bruscamente levantando una gran nube de polvo.

Ese lunes por la tarde, Francisco y Estela fueron a la casona y se maravillaron por lo bien que había quedado el piso de cemento ya alisado. Antes de salir Estela le preguntó:

—¿No hay algo que te llama la atención?

—No. ¿Por qué?

—Mirá para allá.

—Sigo sin entender. – dijo él.

—Aquel obrero, ese que se está por ir, tiene una camisa igual a la de papá.

—Cierto. –contestó Francisco– Mirá el viejo, cuando se entere que un peón de albañil usa su misma ropa. Y él que piensa que es fino.

Y los dos se retiraron riéndose a carcajadas.

El Hombre de la foto

—No, no lo tome a mal, no es una descortesía, pero no me tome en la foto, por favor.

—Pero será un recuerdo de la fiesta de fin de año, voy a dejar el disparador automático así entramos todos.

—Disculpe –dije– pero yo tomaré la foto, prefiero no salir.

—Vamos, si no está tan gordo después de todo.

—No es por eso. –respondí, al tiempo que me apresuré a tomar la cámara en mis manos mientras reflexionaba sobre lo molesta que puede llegar a ser la gente bajo determinadas circunstancias sociales.

—A mi tampoco me gusta que me tomen fotografías. –dijo una rubia– Y menos en estas reuniones, siempre salen mal. Ahora si me dejan prepararme con tiempo y me las saca alguien que sabe, todo es diferente.

—Si...supongo que es así.

—A ver, colóquense un poco más a la izquierda así no sale la mesa con las bebidas. Rubén no hagas los cuernitos así después se puede mostrar. –Además de acostarse con la mujer de González el muy turro se pone al lado de los dos y le hace los cuernos el marido para la foto de fin de año. Pensé.

—Bueno... digan whis...ky.

Clic

Le devolvi la cámara a Pereyra, el de personal, y al darme vuelta, ahí estaba de nuevo la rubia.

—Estaba pensando, ¿No serás de los que creen que al tomarte una fotografía te están robando parte de vos? Tengo un tío que va a la Científica Basilio que está convencido de eso. Bueno, además cree que somos descendientes de extraterrestres, pero una idea equivocada no debe quitarle crédito a todas sus opiniones.

—¿Y a tu tío no le dijeron nada de la teoría de Darwin? –pregunté.

—Está convencido de que Darwin también era uno de ellos, y que elaboró su teoría para desorientar a los demás científicos acerca de los extraterrestres.

—Qué interesante teoría la de tu tío. ¿Lo dejan salir de vez en cuando, o está internado permanente?

—Te sorprenderías la cantidad de gente que piensa como él. –dijo, y agregó –No está internado, y es gerente de Graham & Co.

—Bueno, supongo que formar parte del imperialismo Yanki le debe dar más credibilidad a su teoría, –me retracté–, y... me decías que Darwin también... y ¿Hay otros famosos como él que sean extraterrestres?

—No lo estas tomando en serio.

La rubia se había fastidiado, traté de ser por demás cortés y retomé la conversación. Al fin y al cabo, debía permanecer en esa reunión un poco más, y la señorita en cuestión no estaba para nada mal. Me extrañó no haberla visto antes. Hacía casi siete meses que nuestra compañía se había fusionado con otra multinacional y nos habían transferido a todos a un viejo edificio reciclado donde anteriormente funcionaba una fábrica textil que se había incendiado un par de años atrás.

—Disculpame, no quise ser grosero, creo que son estas reuniones de fin de año las que me ponen más escéptico de lo tolerable. ¿Te sirvo algo?

—Una copa de champagne está bien. Gracias. A mí tampoco me gustan estas reuniones, mucha gente. Pero ya se están empezando a ir.

—Si, –asentí mientras le servia su copa y me servia un whisky, el sexto de la noche–. Ahora se produce el efecto cascada, una vez que se va el primero, todos empiezan a despedirse cada vez más rápido.

—Me decías que había otras personalidades que según tu tío son alienígenas. Volvi a insistir luego de un sorbo.

—Jesucristo, Mahoma, Ghandi, Sai Baba...

—Perdón, –interrumpí– y alguno más actual.

—Elvis Presley.

—Ahora puede ser que te crea un poco más. ¿Y alguno de acá?

—Mostaza Merlo.

—¿En serio? Por eso sacó campeón a Racing después de treinta y cinco años. –me quedé mirándola fijamente a los enormes ojos verdosos para luego agregar con resignación.– Te estás burlando de mí.

—Por supuesto.

Definitivamente la rubia me caía bien. Llevaba un vestido rojo largo hasta las rodillas y muy ajustado con los hombros descubiertos, tenía unas piernas delgadas y marcadas por largas horas de gimnasio. Quizás no había sido tan mala la idea de haber ido a aquella reunión después de todo.

—¿Vos no pertenecías a International Enterprises? Yo vengo de las oficinas que tenían en la calle Cerrito y no recuerdo haberte visto allí.

—No. Yo trabajaba aquí desde antes que se muden ustedes, mi bisabuelo construyó el edificio... –Contestó de inmediato para luego agregar lenta y suavemente–, pero yo sí te he visto desde que te mudaste al tercer piso.

Su confesión me aceleró el pulso, la había impresionado, y seguramente había aprovechado la fiesta para acercarse a mí.

—¿Me podrías explicar tu fobia a las fotografías?

Era un tema del cual prefería no hablar, pero como iba quedando cada vez menos gente y era una buena oportunidad para quedar a solas con ella, la llevé a unos sillones que había en una terraza lateral y comencé mi relato, mientras en el salón comenzaban a apagarse algunas luces.

—¿Tenés fotos tuyas?

—Claro, como todo el mundo. –respondió

—Y ¿Quién está en esas fotografías?

—Bueno, –pensó un poco antes de responder–. Familiares, yo, en una estoy con mis sobrinos, y en otra con mis abuelos.

—Pensá bien lo que te voy a preguntar. –hice una pausa–. En esas fotos ¿Todos los que están son conocidos?

—Claro.

—No entendiste bien. En alguna foto, la que estás con tus sobrinos, por ejemplo. ¿Dónde la tomaron? ¿Estaban ustedes solos o había más gente? Me refiero a que a veces en una fotografía, además de la gente que uno quiere retratar, salen otras personas, transeúntes, vendedores ambulantes, personajes en los que uno no repara que están en un segundo plano, pero que al poner la foto en un marco y exhibirla, ya están ahí para siempre, acompañándonos. Personas que ni siquiera conocemos, que pasan a formar parte de nuestros recuerdos porque la foto ya no sería lo mismo sin esa persona que toca un violín en la Gare du Nord, o sin el mimo en la quinta avenida. Inconscientemente vemos aún sin fijar nuestra atención tantas veces a ese desconocido intruso en nuestro recuerdo, como a la persona que realmente queríamos fotografiar.

Me miró fijo y luego su vista se fue perdiendo en un punto en alguna parte detrás de mí. Finalmente dijo:

—Y a vos, ¿Te dejan salir todas las noches o solo los fines de semana?

En algunas oportunidades, uno debe darse cuenta cuando es mejor retirarse a dormir, lamentablemente había perdido esa cualidad con el cuarto whisky. Debido a eso comencé con mi historia:

—Hace aproximadamente tres años, estaba por casarme con Virginia, y decidimos tomar unas vacaciones previas a contraer matrimonio y de esa forma comprobar cómo sería la convivencia. Fuimos a Europa un mes con la firme promesa de que si todo salía bien, nos casaríamos al volver.

—Me imagino cómo terminó tu experiencia, ya que no llevás anillo.

—Sí, lo que no imaginas es por qué terminó así. –Dije y me acomodé en el sillón de mimbre para continuar mi relato al tiempo que el salón se oscureció por completo quedando sólo iluminados por un pequeño farol de la terraza.

—Estuvimos una semana en Londres, una en Madrid, y tras un breve paso por el norte de Italia, Venecia y Génova, nos dirigimos a París donde pasamos casi dos semanas, para luego regresar. El viaje transcurrió sin inconvenientes hasta la última noche anterior a nuestro regreso, luego del que nunca más la volvi a ver.

Ella escuchaba atentamente y hasta creo que se fue acercando a mí durante el relato. O quizás era mi inconsciente deseo de que ello ocurriese ayudado por los whiskies que había bebido. Ya casi podía sentir su muslo apretado contra el mío y cómo su respiración se iba acelerando.

—Aquel día –retomé la historia–, el último de nuestra estadía en París, decidimos revelar las fotografías que habíamos sacado. Observamos y recordamos anécdotas de nuestro fugaz paso por la Torre de Londres, el Covent Garden, el Hyde Park, pero fue luego, en el rollo correspondiente a Madrid cuando ella notó por primera vez al hombre viejo, con la boina inclinada lateralmente, recostado sobre una columna de la Puerta del Sol. Se veía sólo de perfil y apenas borroso, pero al cabo de un rato ya me había acostumbrado a su presencia, y me era imposible imaginar la foto sin él.

A continuación, en el mismo rollo, estaba ella paseando por El Rastro, y nuevamente, casi escondido detrás de unos turistas japoneses que recordaba bien ya que me pidieron que les fotografiara, se podía ver su boina marrón. No podía ver su cara, pero estaba seguro que la boina pertenecía a la misma persona.

—Bueno, tal vez se trataba de un turista que había hecho el mismo recorrido de ustedes, y vos saliste en todas las fotos que él tomó. –razonó ella.

—Lo mismo pensé en aquel momento, pero había algo que me inquietaba en aquella persona, más allá de su aparición en mis fotografías. –y proseguí–. Hay en el museo del Prado, un Tríptico del Bosco que siempre

me fascinó. Por eso le pedí a Virginia que me tomara una foto contemplándolo. Dentro del museo no se puede usar el flash así que tuvo que utilizar una velocidad de exposición muy lenta y el diafragma muy abierto, por eso la fotografía salió ligeramente movida y algo oscura. No obstante, la observación detenida de la misma reflejaba una sombra por delante de donde yo estaba parado, justo interponiéndose entre el cuadro y yo, que se asemejaba a la boina del viejo repugnante. Y yo nunca lo vi en el museo.

Todo lo que ella se había acercado a mí hasta ese momento se invirtió de tal forma que a esa altura de mi relato ya estaba a más de treinta centímetros. Pese a ello, no pude detenerme, (cosa que ahora juzgo, hubiese sido lo más prudente), y continué...

—Luego observamos una foto que nos tomaron en el puente de los suspiros. Allí, justo detrás nuestro, en una góndola se podía observar al mismo viejo con la cara cubierta parcialmente con su boina y vistiendo un gabán marrón. Recuerdo que tomé una lupa que traía en mi navaja de bolsillo y pude ver no muy nítidamente su perversa nariz ganchuda asomando borrosa pero amenazante debajo de la sombra de su gorra. Ahora estaba seguro que no era una casualidad. Ese viejo asqueroso nos estaba vigilando.

—¿No pensaste que quizás tomó el mismo tour que ustedes?

—Imposible, –respondí nervioso ya que percibí cierto tono irónico en su comentario–. Nosotros no tomamos un tour. Además te voy a contar cómo sigue la historia.

Estaba tan obsesionado con la idea de que me estuvieran siguiendo que en aquel momento (luego me daría cuenta qué absurda fue mi idea), comencé a pensar quién podría tener interés en saber qué hacíamos. Lo primero a descartar era la familia de ella, era muy tradicionalista, yo no la conocía muy bien, pero su padre, que pertenecía al Opus Dei, había puesto varias trabas para que realizáramos el viaje antes de contraer matrimonio. Comencé a culpar a ella y a su familia, discutimos por unos instantes, fue entonces cuando se desordenaron las fotos de Londres, y allí en el Covent Garden, en medio de un grupo de gente detrás de Virginia, se encontraba nuevamente ese anciano repugnante.

Se podía ver su cara lasciva de frente aunque demasiado lejos aún. Quise aumentar la imagen con la lupa pero la distorsión del aumento hizo que sus

gestos siniestros vistos de lejos se transformaran en una mancha de color naranja amarronado que me produjo náuseas.

Ahora no entiendo por qué mis críticas la incluían a ella, creo que debía estar tan confundida y asustada como yo, pero lo cierto es que la discusión fue incrementándose a medida que en las fotos aparecía aquel tenebroso personaje escondido, disimulado entre la gente, o manifiestamente expuesto, desafiante, burlándose de mi... Digo así porque en aquel momento no pensé que la situación podría haber sido igualmente molesta para ella. Virginia se había callado y me observaba con una expresión de asombro que me indignó aún más. La ausencia de su reacción y su pasividad, sólo confirmaban mis sospechas que aquello se trataba de una conspiración, un complot familiar del que ella tenía pleno conocimiento, que se había frustrado debido a las fotografías.

Finalmente, cuando ya le había dicho todo lo imaginable, le arrojé las fotografías, ella me miró con lástima, tomó su bolso, y sin decir una palabra salió de la habitación. Yo traté de tranquilizarme, mientras comencé a ordenar las fotografías que estaban sobre la alfombra. Me fui calmando hasta que recogí una que le había tomado la noche anterior en la habitación del hotel.

Un sudor frío recorrió mi cuerpo a la vez que mi corazón latió con tal fuerza que parecía que mi pecho iba a explotar. Virginia estaba recostada sobre la cama, envuelta en un toallón, ya que acababa de salir de la ducha y me hacía gestos para que me acostara con ella.

Lo que vi me llenó de pánico, ya que ahora, a su lado, y mirándome con esos ojos siniestros y su boca deforme sonriente se hallaba aquel viejo repugnante... mirando hacia donde yo me hallaba entonces.

El recuerdo de tal situación (sumado probablemente a lo que había bebido), reprodujo el escalofrío, y las palpitaciones. Me sequé las palmas de las manos en el pantalón y miré a la rubia esperando algún comentario. Contrariamente a lo que hubiese pensado, ella obvió hacerlos, ni siquiera de tono burlón.

—Vamos, ya se hizo tarde y no queda nadie. –dijo mientras se levantaba.

Yo intenté acompañarla, pero lo logré recién al segundo intento. En mi pecho anidaba una opresión, un temor que adivinaba el terremoto que vendría después. Aún tiritaba por el recuerdo de aquel episodio tan macabro. Nos acercamos a la puerta de la terraza y al intentar abrirla descubrí que estaba trabada por dentro.

Durante unos minutos intenté en vano abrirla, finalmente me di por vencido.

—Parece que los dos quedamos atrapados aquí afuera. –dije mientras me apoyé en el muro.

—Los dos no... vos solo. –dijo ella y atravesó la pared...

Golpeé los ladrillos con fuerza por donde ella había pasado, no sé por cuanto tiempo, hasta que dejé de sentir mis manos, grité en vano por auxilio, y volteé para patear uno de los sillones... entonces lo vi, su grotesca sonrisa y su gorro, inconfundible... a escasos metros de mí... por fin podía acabar con aquel ser repugnante...lo embestí con todas mis fuerzas para arrojarlo por la terraza...

...no sentí ningún contacto físico, pero durante lo que duró la caída alcancé a escuchar su risa siniestra estremeciéndome como un torbellino...

El libro de los números

Dicen que en algún lugar de la biblioteca del Colegio de Las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús de Villa Crespo, se encuentra un extraño libro de numerología, que contiene las cifras precisas de todos los acontecimientos que han ocurrido en el mundo, desde la invención de los números hasta la fecha, (y hay quienes sostienen que va más allá).

Los que gozan del extraño privilegio de haber sondeado sus incontables páginas, relatan las más insólitas enumeraciones.

Dieciocho mil novecientos treinta y cuatro, los pasos que dio Cristo hasta su crucifixión; ciento veintisiete, los escalones que subieron los esclavos con el féretro de Tutankamón para depositarlo; trescientos mil cuatrocientos dos, los padrenuestros que rezó en su vida la madre Teresa de Calcuta; ochenta y siete, el promedio de tronquitos que requiere el bicho canasto para hacer su nido... y así se pueden escrutar con exactitud (pese a que nadie nunca lo ha comprobado) el número de vueltas que han dado las manecillas del Big Ben desde su construcción; los centímetros que medía Michel Petrucciani; la cantidad de tinteros que Shakespeare utilizó en su vida, etc.

Hay quienes dicen que dicho libro tiene propiedades mágicas, y sostienen que sus páginas se van actualizando día a día, y que si se tiene mucha paciencia se puede ver en determinado momento, cómo los números que están escritos cambian delante de los sorprendidos ojos de sus lectores (citan especialmente el capítulo referido a la cantidad de baba desprendida por el caracol de antenas moteadas del Asia Central), pero afirman que esta tarea puede demandar varias horas, por lo que en definitiva los detractores sostienen que se trata de alucinaciones debidas a fatiga ocular. Otros que afirman que han visto en dicho libro la cantidad de veces que la compañera de banco les diría que no, hasta finalmente acceder a acostarse con ellos, y también la cantidad de veces que tendrían sexo con ella hasta que los abandone por el profesor de gimnasia del turno de la tarde.

También cuentan que hubo quien, habiendo encontrado la cantidad de segundos que le tocaría vivir, y al finalizar de realizar con minuciosidad las cuentas pertinentes descubrió que tan solo le restaban dieciséis, tiempo

suficiente para cerrar dicho libro y volver a depositarlo en el estante donde lo había hallado.

El pez que cayó del cielo.

Cuando regresó de un largo viaje, Shiva descubrió a Pavarti con un joven en su lecho. Sin pensar que su hijo podría haber crecido en su ausencia, de un golpe lo decapitó.
Pavarti obligó a Shiva a devolver la vida a su hijo pero el dios sólo podría hacerlo poniéndole la cabeza del primer ser viviente que viera, que resultó ser un elefante.

Recordé aquella cena anterior a su último viaje a Londres apenas colgué el auricular del teléfono.

William Legrand había seguido los pasos de su padre quien ocupó cargos de embajador itinerante en diversos países durante toda su infancia, y posterior adolescencia. Esta experiencia, que generó como frutos sus increíbles conocimientos de idiomas, y su desconocimiento absoluto de lo que significa la palabra arraigo para un argentino, marcó de modo determinante su vocación.

Había llegado esa mañana y aceptó sin dudarlo la invitación a cenar para esa misma noche.

No sólo estaba entusiasmado por su llegada, como sucedía cada vez que venía de tanto en tanto. Esta vez me dijo que había traído consigo a su hijo, quien había nacido en Londres cuando ocupó su primer cargo en la embajada, y a quien, por diversos motivos no había querido ver por casi veinte años.

La última vez que nos habíamos visto fue en la chacra que sus padres tenían en Capilla del Señor, y que al morir ellos, cuidaba Don Anselmo, para quien William era como su hijo.

En aquella oportunidad, había venido por pocos días ya que debía trasladarse a Londres luego de dos años de trabajar en Nepal. Traía un yeso en la pierna derecha, consecuencia de una caída tonta en una plaza donde había un mercado de frutas. No obstante ese accidente tenía como casi todas

las cosas que ocurren en el Valle de Katmandú, una historia muy especial, y era que su pie se había atascado en un orificio hecho por un pez que había caído del cielo. En su momento no le creí y tuve que ceder en mi postura sólo cuando meses después recibí por correo “Myths and folktales of Kathmandu and the kingdom of Nepal” de Paul Schlesinger, donde había una marca en la página 243, y resaltado en amarillo se leía “The fish out of the blue”. Reconozco que los cien dólares que perdí en aquella ocasión, y que como buena deuda de juego entre caballeros pagué al día siguiente a través de una postal order en el correo central, fueron escasos en relación al libro recibido, y, que ahora, luego de hablar nuevamente con William busqué en la biblioteca y, una vez instalado en mi cómodo sillón volvia a abrir en la misma página que aquella vez.

“...Desde el amanecer hasta la medianoche, Asan Tole está llena de vendedores, compradores y transeúntes. Las seis calles que aquí confluyen convierten el cruce en el más transitado de Katmandú. Frente al templo de Annapurna, la diosa de la abundancia, hay un adoquín con una cavidad en forma de pisada, que según dicen fue producida por un pez que cayó un día del cielo.

Según la leyenda, un famoso astrólogo llamado Barami, estaba a punto de ser padre. El tañido de una campana debía anunciarle el nacimiento de su hijo ya que él esperaba ansioso el momento en su estudio. Esa noche se desató una fuerte tormenta y el viento que entraba por su ventana empujó el vibrante sonido metálico hacia sus oídos claramente. En ese instante, Barami realizó el horóscopo de la criatura, y con gran horror, descubrió que él no era el padre. Disgustado y lleno de cólera, abandonó a su esposa y al niño y huyó del reino.

Luego de muchos años regresó, ya que en Katmandú se encontraba Dak, un astrólogo menor que él pero mucho más brillante, con la idea de convertirse en su discípulo.

Barami y Dak trabajaron juntos por años y la admiración del alumno por su maestro fue creciendo con el correr del tiempo.

Un día, Dak impuso como prueba final a su más querido asistente, que anticipara qué extraño suceso tendría lugar en Asan Tole.

Luego de dos días y sus noches, Barami pronosticó correctamente que un pez caería del cielo cuando la luna se hallara en cuarto creciente frente al templo de Ganesh. Dicho acontecimiento ocurrió tal como lo vaticinara el alumno, pero erró en varios pasos el lugar en que el pez se estrelló contra el

piso ya que ocurrió del otro lado de la plaza. Revisando los cálculos, su maestro le sugirió que no había tenido en cuenta el factor del viento, que aunque escaso en aquella época del año, había alterado su predicción.

Barami se dio cuenta que no había sido la primera vez que no había contado con ese factor, y recordó la fuerte tormenta del día del nacimiento de su hijo. Volvió a su estudio y revisó nuevamente su carta astral considerando el factor olvidado aquella vez. Cuando terminó comprobó que el niño era hijo suyo, y para su sorpresa comprobó que su hijo era Dak.

Existe en la India la tradición que un hijo debe venerar a su padre, y que un discípulo debe hacerlo con su maestro. En este caso, fue el hijo el que había enseñado al padre. Por ello en Asan Tole se levanta un pequeño monumento conmemorativo al pez que cayó del cielo".

Leí lentamente todo el párrafo señalado, y luego fijé mi atención en una frase que William había escrito al pie de la página y que como no había entendido en su momento, no recordaba bien.

"Quizás yo también deba reencontrar a Dak".

Ahora, esto cobraba otro sentido para mí.

El puente de las almas

Aún no había comenzado la primavera, pero con el Zonda, un calor seco y agobiante me hizo creer que ya estábamos entrando en el verano. Llevaba casi un año en la ciudad de Mendoza trabajando en lo que sería la nueva ruta internacional a Chile. En realidad, nunca me había cuestionado, hasta aquella circunstancia tan extraña que voy a relatar, todo lo que tuve que abandonar en pos de aquel objetivo, inusual para un ingeniero con pocos años de recibido. En su momento creí que alterar la geografía mundial podía ser más importante para mí que otros pequeños logros, que, por cotidianos, nos aparecen como más banales.

Era uno más de los tantos días en que realizaba mediciones en la montaña para calcular el ángulo de entrada de un túnel, cuando una nube de polvo seca y abrasadora me rodeó, y tuve que llegar a tientas a la camioneta. Una vez dentro esperé (¿qué otra cosa podía hacer?) casi hasta el atardecer, en que el viento cedio en parte y pude volver a la ciudad.

A pocos kilómetros de un camino lateral que nunca me había molestado en averiguar a dónde conducía, la ruta estaba obstruida por un derrumbe, no muy importante, pero casi imposible de franquear sin ayuda. Sabía que si no volvia esa noche, al día siguiente vendrían a buscarme, así que detuve la camioneta, encendí la radio y me recosté en el asiento delantero a mirar cómo el sol se ocultaba entre dos picos nevados.

Al cabo de unos instantes, sentí un escalofrío al ver aparecer ante mí la figura de un hombre, recortada por los destellos del ocaso, surgiendo de las sombras y el polvo que levantaba el Zonda en la ladera de la montaña.

Aún estaba paralizado por el temor cuando éste se asomó al borde de la ventanilla y me dijo:

—No es buena idea quedarse dentro de la camioneta – levantó la vista hacia la montaña que se alzaba detrás mío y agregó–, puede haber nuevos derrumbes. Le conviene salir, déjela aquí, y venga conmigo.

Era un hombre alto y delgado, con una prolija barba entrecana, hablaba pausadamente con una voz muy gruesa lo cual infundía cierta confianza y autoridad. Además, por qué negarlo, tenía razón.

—Soy Henry Valter, ingeniero civil, estoy a cargo de construir la nueva ruta. –me presenté, y le extendí mi mano.

—Ya lo sabía –contestó el hombre que luego supe se llamaba Areíto, y apretó mi mano entre las suyas con firmeza.– Vamos, está comenzando de nuevo, sígame.

Unas pequeñas piedras fueron el preludio de otras más grandes, hasta que la ruta quedó totalmente bloqueada. Un par de rocas de considerable tamaño abollaron el techo de la camioneta justo encima de donde minutos atrás estaba ubicada mi cabeza. Areíto caminaba con rapidez en dirección del camino lateral que había dejado atrás tantas veces y finalmente dobló en él. Lo seguí como pude durante unos minutos, el sol ya casi había desaparecido cuando se detuvo frente a una cabaña al filo de un precipicio.

—Aquí estamos a salvo –dijo secamente– si quiere puede entrar.

—Gracias – respondí.

Entró en la cabaña para salir al rato con una botella de ginebra y una lámpara de aceite. Nos sentamos a contemplar cómo se hacían visibles las primeras estrellas y mientras la botella se fue consumiendo, fui conociendo su nombre, y su historia que fue lo que me llenó de asombro. Su charla era agradable y lenta, con un manejo muy exquisito del idioma, lo que me hizo desechar la idea primera de que se trataba de un indio de la zona. Al observarlo mejor noté que debajo de ese atavio rústico se ocultaba una persona amable con conocimientos que iban más allá que los de un morador habitual de esa zona de la cordillera.

Al cabo de unas horas de charla me contó la leyenda del puente de las almas, que hasta aquel momento nunca había escuchado.

A mediados del siglo diecinueve, el general Alvaro de Gamboa partió en una expedición desde el Pacífico hacia el este con el fin de conquistar tierras para la corona española. Este había contraído matrimonio meses antes y prometió a su esposa retornar antes que ella diera a luz a su primogénito. La expedición duró más de lo previsto, ya que en su afán conquistador continuó tierras al sur ganando mucho más territorio del que hubiese imaginado antes de emprender el viaje. Al cabo de tres años, el general retornó a su hogar en las orillas del Pacífico pero ya no encontró allí a su mujer ni a su hijo que había resultado un varón. La tristeza que lo embargó fué tan grande que ni siquiera todas las riquezas que obtuvo de parte de la corona, ni el hecho que lo nombraran Virrey fueron un bálsamo suficiente para apagar su encendido dolor. Desde ese momento, se convirtió

en un gobernante tirano y taciturno, y de nada sirvieron todas las investigaciones que llevó a cabo para recuperar a sus seres queridos. Su crueldad fue tan notoria que se comentaba entre los habitantes del virreinato que el general había perdido su alma durante su expedición conquistadora a través de la montaña.

Pasado un tiempo el general decidió retornar a la cordillera, esta vez tan sólo acompañado por sus caballos y mulas a buscar un justo castigo.

Luego de unos meses de vagar en vano, se halló frente a una grieta en la montaña donde colgaba un puente desde un lado al otro, pero dada la niebla existente era casi imposible poder ver el otro lado, de tal forma que daba la impresión que éste se perdía en el cielo. El intrépido general desalmado, cruzó el puente a pie y éste comenzó a moverse a sus pasos. Al cabo de unos metros le era imposible visualizar ninguno de los extremos del mismo. En ese momento apareció delante de él una mantícora, animal mitológico con forma de león alado con cola de escorpión, que le dijo:

—Has perdido tu alma a causa de tu codicia. Estoy dispuesta a devolvértela si me respondes tres preguntas correctamente, y si no lo haces, te dejaré caer al vacío, y permanecerás eternamente prisionero del viento que se fuga entre las grietas de la montaña, como guardián del puente.

—Pregunta pues sin perder más tiempo. –respondió el valiente general.

—¿Cuál es la principal virtud de un hombre? –inquirió el animal.

—La lealtad a sus sentimientos. –contestó el general con rapidez.

—¿Y dime cuál es su principal defecto?

—La mentira. –respondió sin dudar un instante.

—Veo que has contestado con el corazón, –dijo la mantícora– ahora dime, para que te devuelva tu alma, ¿Cuál es el peor castigo que puede alguien recibir ?

—Es muy sencillo, –dijo el general con una mirada débil desprovista de la soberbia que lo había poseído durante años– es la imposibilidad de olvidar aquello que nos hace infelices.

La leyenda dice que el general nunca volvió a la costa, pero hay muchas otras versiones, una de ellas, afirma que finalmente halló a su familia en la montaña y que permanecieron allí para siempre.

Areíto permaneció callado un instante mirando cómo dentro de la lámpara de aceite la llama se retorcía como un animal herido. Su cara reflejada tenuemente por la luz transmitía el cansancio típico del que vive en ese clima desértico. Finalmente le pregunté:

—¿Y cuál es la versión que usted cree?

—Particularmente me inclino a pensar que la última respuesta no debió haber complacido al animal, y que el general fue castigado. Poder olvidar no siempre es suficiente para remediar un dolor. Pero cada quien tiene derecho a pensar la que crea más conveniente.

La noche era cerrada y la ginebra me produjo un sopor, así que me dormí cobijado por el calor abrasador del Zonda. Por la mañana éste se había hecho más violento de tal forma que apenas podía ver a escasos metros de donde me encontraba acostado.

Llamé a Areíto en vano varias veces pero no respondió y nunca más lo volvi a ver. Caminé inútilmente pero tampoco pude encontrar su choza. Al llegar al filo de la montaña pude divisar un extremo de un puente colgante que se estremecía con los embates del viento endemoniado.

Recordé en ese momento fragmentos de mi vida antes de decidirme a aceptar este empleo, y, no pude olvidar a la mujer a quien había prometido volver en un plazo que ya se había extinguido.

El viento cálido y rabioso me empujó hacia el puente y casi sin pensarlo comencé a transitarlo. Tuve la impresión que el mismo se perdía en el cielo ya que no podía ver más allá de mis pisadas. No recuerdo cuánto habré caminado, ni si fue consecuencia de la ginebra o de la deshidratación que tenía, pero en aquel momento, estoy seguro, sentí el batir intenso de unas alas a mis espaldas, y el rugido estremecedor del temible animal.

Al día siguiente mis compañeros me encontraron al pie de la ruta, con múltiples excoriaciones y la ropa hecha jirones. Hasta la fecha nunca he contado esta historia que recuerdo vivamente, de más está decir que nunca hallé nuevamente aquel camino lateral, la cabaña ni el puente. Pero una de las últimas cosas que averigüé antes de regresar fue el significado de la palabra Areíto, que en lengua indígena significa: prisionero del viento.

Este cuento recibió el segundo premio del congreso Sudamericano de médicos escritores en el año 2003

Hymn to her

Pode ser que para outro mundo eu possa levar o que sonhei,
Mas poderei eu levar para outro mundo o que me esqueci de sonhar?[1]

Fernando Pessoa

Su ausencia golpeaba como cadenas contra un muro. Entonces supe que ya nada volvería a ser igual.

Me encontraba sentado en el mismo banco del parque al que tantas veces iba. Gradualmente (no recuerdo bien) las cosas que me rodeaban comenzaron a perder consistencia, y como si se tratara de una película se oscurecieron en mi conciencia. Permanecí absorto mirando un bote que, amarrado en un muelle se oponía a los embates del viento irregular y caprichoso. Luego reflexioné que en realidad, el bote no ofrecía resistencia sino que dejaba que el viento hiciera todo el esfuerzo, claro que el bote, no sabe de vientos, sólo estaba, y duraba sin perder su esencia aunque no navegara, pese a las embestidas irregulares de aquel viento otoñal. Así, durando, permanecía en silencio, con mis pensamientos corruptos por el huracán de su ausencia. ¿Seguiría siendo Yo, luego de esto? ¿Conservaría mi esencia, como el bote? Aunque no sabía cuál era mi función, estaba claro que no sería lo mismo.

Ya no recordaba cómo había llegado al parque. Intenté retroceder en el tiempo pero mi subconsciente trajo las venidas de otros días, no la de hoy.

Al cabo de un rato,(minutos u horas), el bote fue lo único que ocupó mis pensamientos, a tal punto que el resto, incluso el banco en que me hallaba sentado (creo) me era ajeno. Hasta las palabras me resultaban extrañas y carentes de significado.

Banco...bote...eran sólo balbuceos sin sentido inmersos en un sinsentido general que me rodeaba. No obstante traté de encontrar cierta lógica a aquello, ya que la función de las palabras, de sus significantes, era traer una

imagen de la memoria, y en ese momento toda mi memoria estaba atascada en el vacío de la ausencia.

Recordé (qué bueno que aún podía recordar, creí en ese momento, antes de notar que estaba condenado a permanecer anclado en el pasado) una vieja leyenda china en que un hombre era condenado a ir perdiendo a medida que se dormía, todo lo que lo rodeaba, los colores, los sonidos, el espacio, hasta que finalmente despertaba rodeado de la obscuridad del vacío. Entonces comprendía que aunque físicamente no estaba aún muerto, estaba condenado a vivir su muerte eternamente.

Vivir su muerte...mi muerte. Así me sentía en ese momento. En aquella manifiesta contradicción existencial, ya que sabía que nunca nos cruzamos con nuestra muerte, puesto que cuando estamos nosotros ella no está, y al llegar ella, somos nosotros los que no estamos presentes. Era igual de absurdo que vivir la ausencia; como afirmar que el vacío que ella dejara llenaba todos los espacios, asfixiándolos hasta perturbar los sentidos a tal punto que era imposible distinguirme entre las cosas que me rodeaban.

Sólo tengo ahora mis recuerdos, y ellos ya no me pertenecen porque han tomado autonomía y crecen mutando con el correr de las horas y de los días, fundiendo lo que fue con lo que nunca ocurrió, pero yo hubiese querido, perpetuándose en un laberinto expansivo en el que perduro sin oponer resistencia... no por placer sino por abatimiento, esperando el ovillo de Ariadna que me ayude a encontrar la salida.

Podré soñar como Berkeley, que todo lo que me sucede no son sino engaños de mis sentidos, y convencerme de que todo lo que me está ocurriendo no es sino otra ilusión, como el bote, como lo repentino de la desaparición de todo lo que me rodea, como esa sensación híbrida entre la indignación y el odio de comprobar que todo seguía igual para todos menos para mí.

Si era así podría corregir todo con sólo proponérmelo. Pero ¿Sería capaz de tolerar un nuevo error?

Quizás si hubiera, en algún punto de la existencia, la posibilidad de volver atrás y revivir una parte de la vida, y así tantas veces hasta que todas las posibilidades sean vividas, quizás entonces podría sentir que esto no es más que otra de tantas experiencias. Quizás tenía razón Álvaro de Campos, si en cierto momento hubiese dicho que no en lugar de sí, si hubiese tomado otro camino, o si en cierta conversación hubiese tenido la respuesta que recién ahora tengo, quizás el universo entero ahora sería otro. Pero nunca

hasta ahora, lo no vivido, lo que no fue... y ahora sé que nunca será... me había dolido.

Podré soñar entonces tratando de burlar los sentidos, y los sueños serán tantos como posibilidades quisiera. Entonces creería que somos algo más que cuatro baldes de agua y un puñado de sales, química pura sin espíritu, esencia ni alma.

Quisiera al menos en alguna de esas infinitas posibilidades, haberle dicho que la amaba.

---

1 *(Puede ser que para otro mundo yo pueda llevar lo que soñé.*

Pero ¿Podré llevar para otro mundo lo que me olvidé de soñar?)

La Ciudad Perdida de Ubar

“...Estábamos por arribar a la región que rodea la zona de la ciudad perdida de Ubar al sur de Oman, en la Península Arábiga. Esta vieja ciudad fue descubierta en 1992 con la ayuda de los datos obtenidos mediante teledetección. Los arqueólogos que la hallaron, entre los que me contaba, pensamos que Ubar existió alrededor del año 2800 AC hasta el 300 DC y era una zona remota del desierto donde se organizaban las caravanas para el transporte de incienso a través de la arena eterna.

Un año después de aquella primera impresión, el paisaje me parecía aún más desolado y ajeno. La imponente zona, de color magenta debido a un vicio de refracción de la luz solar durante el ocaso, es una región de grandes dunas de arena. Las zonas de color verde son escabrosas rocas de caliza, que forman el rocoso suelo del desierto. Un gran wadi, o cauce seco, corre a través del centro dividiendo la perspectiva en dos gigantescos hemisferios.

El joven Ebrhin, que nos guiaba desde que partimos de Marbat hacía cuatro días, sugirió acampar ya que amenazaba una tormenta de arena. Había oído hablar de ellas con cierta frecuencia, y no menor temor, a los tenderos y vendedores de los bazares de Marbat los pocos días que estuve allí, y ya que la primera vez no había presenciado ninguna, (o tal vez, por eso) la inminencia de la misma me causaba más inquietud que preocupación.

Armamos las precarias tiendas de campaña y atamos los camellos a unas estacas según habíamos aprendido, cenamos frugalmente y luego Ebrhin que ya empezaba a familiarizarse con nosotros nos ofreció un licor casero que decía tener propiedades mágicas para soportar el frío que traería la tormenta de arena. Todavia me resultaba inexplicable el brusco cambio climático que ocurría al ocaso.

El sol se había ocultado por completo y sólo la luz de las estrellas y la enorme luna llena resaltaba las siluetas de nuestro campamento en pleno desierto. Nada más se levantaba por sobre la línea del horizonte. Detuve mi atención en una duna a escasos metros de las tiendas; quizás por el cansancio, la bebida, (o quizás lo hizo realmente), la misma comenzó a

moverse lentamente a medida que un polvo multicolor iba desprendiéndose desde su parte superior como si la duna se encontrara en llamas.

Súbitamente los camellos comenzaron a moverse inquietos, y una brisa helada comenzó a soplar ensordeciéndonos con su silbido agudo. En pocos segundos la arena me estaba golpeando como miles de avispas aguijoneando mi cuerpo, tapé como pude mi cara con una manta, y a tientas, ya que nada quedaba de la luz reflejada, Ebrhin nos guió dentro de la tienda.

Una vez dentro nos sacudimos las ropas para quitarnos aquella arena molesta que se había enquistado en nuestro cuerpo. Me llamó la atención que al sacudirse, Ebrhin dejó caer una pequeña hoja verde de entre sus túnicas. Casi sin pensarlo la levanté y se la entregué. En ese momento noté que algo había cambiado en su expresión, ahora dominada por un gesto de temor.

El viento, que se filtraba por todas las costuras de la tienda nos obligó a apagar las linternas. Eso, sumado al cansancio, hizo que nos durmiéramos casi sin dirigirnos la palabra.

Había además algo extraño en toda aquella situación, que en aquel momento no supe discernir debido a la brusca tormenta, pero que una vez en mi bolsa de dormir en medio de la oscura noche pude comprender...y era que no había visto ningún árbol desde que habíamos dejado Marbat.

Al día siguiente el sol golpeaba aún más fuerte, como para demostrar quién ostentaba más poder en aquel reino bifronte. Durante las seis horas de camello que nos separaban de Ubar, Ebrhin permaneció callado y con gesto taciturno, acelerando su andar lo suficiente para quedar siempre sólo unos metros más adelante que el resto. Finalmente reconocí en el horizonte el despuntar de cinco pilares de piedra, como el extremo de un gigantesco pentagrama que se alzaba desde las entrañas de la arena, que había encontrado un año atrás.

El profesor Schmidt vino a recibirnos, y tan brevemente como pudo nos puso al día de los nuevos descubrimientos, de los que el más importante era la excavación casi finalizada de las paredes del principal templo de Ubar. Aún no estaba completamente seguro si pertenecía a la reina de Saba o a Attar, una de las más importantes divinidades sur arábigas del siglo VI a de C.

Sobre la pared sur, había inscripciones en escritura protoindia y jeroglíficos que aún no habían sido descifrados. Schmidt me mostró además

restos de cerámica con fragmentos de escritos cuneiformes, y un mapa satelital donde había marcado las principales zonas a excavar. Por mi parte le entregué la publicación de nuestro trabajo en el Archieves of Archeology, lo que lo entusiasmó aún más, y sin dejarme respiro me llevó hasta el Templo de Saba. No había en la excavación más de treinta personas pero había perdido de vista por completo a Ebrhin.

Rodeamos caminando toda la planta principal de la excavación hasta la pared sur del templo. Reclinado frente a ella se encontraba Ebrhin. Me acerqué lentamente, pero de todas formas notó mi presencia y se alejó unos metros hacia atrás.

—Por Alá, disculpe profesor Sanders, sé que no debo acercarme a las excavaciones pero tengo un buen motivo para hacerlo.

—No importa, y estoy seguro que así debe ser. –le respondí tratando de ser por demás cortés ya que en aquella zona del sur de Arabia los guías son muy respetuosos, y además por qué ocultarlo, muy difíciles de conseguir– ¿Te molestaría decírmelo? hace rato que te noto extraño.

—A usted le parecerá una tontería, pero es acerca de esa hoja que encontró en mi ropa ayer durante la tormenta.

—Continúa por favor.

—Existe una vieja leyenda árabe que dice que cuando Alá creó el paraíso, puso a la derecha de su trono un árbol que tiene tantas hojas como habitantes hay en el mundo. En cada una de ellas hay escrito un nombre. Luego de cada tormenta, el árbol se agita y caen algunas hojas. Las personas cuyos nombres estén escritos en tales hojas morirán durante el siguiente año. La única manera de evitar la muerte es devolver la hoja al árbol...

—Pero, de qué forma podrías hacer eso, digo, si no estás muerto.

—Cuentan los sacerdotes que en los templos de Attar, se esculpía un árbol en la pared que daba al sur, que es la que nos separa del reino de los muertos. Debe colocarse la hoja entre las grietas de la roca donde está el árbol. Esta leyenda ha sido contada por generaciones, pero nadie, hasta que ustedes excavaron aquí pudo comprobarla. Hasta hoy.

Ebrhin levantó la vista en dirección a la pared que tenía enfrente. La luz oblicua dejaba ver un dibujo muy rudimentario de líneas que desde el piso crecían multiplicándose a medida que se afinaban. A simple vista parecía una vulgar rajadura de la roca, pero si se observaba con detenimiento se

comprobaba que en el único lugar que esa rajadura existía era en esa zona del muro.

—Sé que no debo acercarme a las excavaciones, pero le suplico, por Alá...

—Adelante, el árbol te pertenece a tí y a tus antepasados más que a mí, además me has enseñado algo muy importante.

Ebrhin metió la mano por entre sus túnicas, sacó la pequeña hoja y la introdujo en una de las grietas, luego la apretó con un pedazo de madera hasta que hubo desaparecido por completo.

—Gracias, profesor Sanders.

Asentí con la cabeza, y di media vuelta en dirección al campamento. El no me siguió. Nunca más lo vi desde aquel día.

Dejé Ubar a los cuarenta días. De todo lo que vi nada me impresionó más que la expresión de Ebrhin cuando interrumpí su ceremonia. Una vez en el aeropuerto de Marbat, mezclado con los turistas me sentía ya otra vez en mi civilización, pendiente de otras cosas muy alejadas de las creencias de las personas que habitan en el desierto Árabe.

Mi primer contacto con aquel mundo que me era familiar, resultó ser una demora en la salida de los vuelos debido a una tormenta de viento. La infraestructura del lugar era precaria, y la única pista estaba rodeada de dunas. El pequeño avión que nos llevaría a Riad para continuar nuestro viaje aún descansaba en su hangar. Al cabo de un rato, el piloto nos sugirió dirigirnos hacia allí para ir cargando nuestras cosas en el aeroplano, de forma que tuvimos que cruzar la pista en medio del vendaval. Los granos de arena me aguijonearon nuevamente en una tortura ritual a la que ya estaba acostumbrándome. Una vez en el hangar, fuimos descargando con mis compañeros los bolsos que contenían trozos de cerámica y rocas.

—Al avión, ya está cesando el viento –gritó el piloto.

Tomé la campera que estaba sobre mi mochila y observé deslizarse una pequeña hoja idéntica a la que había visto aquella noche caer de las túnicas de Ebrhin.

Estuve inmóvil contemplando aquella diminuta y maligna hoja brillante mientras mi corazón golpeaba frenéticamente en mi pecho. Por un momento intenté no darle importancia y fingir no haberla visto, hasta pensé colocarla en las ropas de alguno de mis compañeros, lo que obviamente no me liberaría de las preocupaciones pero al menos las repartiría entre ambos. En aquel momento no cabía en mis pensamientos la posibilidad de volver a la

excavación a cumplir la rutina que Ebrhin me había enseñado, debía llegar a Riad ese mismo día para abordar el vuelo a Londres. Finalmente la recogí y la guardé dentro de mi agenda de notas. De vuelta en casa pensaría con tranquilidad, quizás estaba un poco trastornado por el desierto, además de cansado y pobremente alimentado...”

El profesor Sanders hizo una pausa en la disertación; los alumnos mantenían absoluto silencio. Introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una pequeña libreta negra, la abrió y de su interior tomó la pequeña hoja en medio del murmullo general.

—Y aquí está la maldita hoja –continuó– jamás pude encontrar nada sobre la leyenda que Ebrhin me contó. Tampoco pude averiguar a qué árbol pertenece esta hoja, probablemente sea algún tipo de ficus.

—Profesor, ¿nunca pensó en volver a colocar la hoja en el árbol tallado en el templo? –se escuchó desde el auditorio.

—Bueno, el hecho de que la haya guardado, de alguna forma le da una idea de que mi descreimiento por esas supersticiones no es para nada un absoluto. Reconozco que alguna vez me he despertado a media noche luego de soñar que estaba frente a aquel árbol con la hoja en mi mano. –dijo Sanders sonriendo, y continuó– Además tengo un motivo menos de preocupación, ya que la semana entrante debo ir nuevamente a la excavación y cumpliré con la rutina... por supuesto, sólo como un aprendizaje de las costumbres de la zona.

El Profesor Sanders jamás llegó a Ubar... su avioneta perdio contacto con el aeropuerto de Riad a los cuarenta minutos de partir.

Seis años después, partes del fuselaje fueron halladas cerca de Marbat por un pastor llamado Ebrhin.

La extraña vida de Hans Krommell

“Esse es percipi”[2]

George Berkeley

La vida de Hans Krommell es recordada por varias razones, no todas vinculadas a su genialidad teórica como filósofo, uno de los más oscuros de su generación dominada por la dialéctica Hegeliana del siglo de oro alemán, sino también por ser quizás uno de los pensadores más escépticos y pragmáticos que lo hacen anticiparse en casi un siglo a las corrientes positivistas. Pero es en sus ensayos morales donde se vislumbra toda la genialidad de su pluma, basada en una fina ironía acerca de la transitoriedad de la vida y de las limitaciones de la razón.

Krommell nace en la pequeña ciudad de Nendeln en el año 1866, año de la disolución de la confederación alemana y de la declaración de la independencia del principado de Liechtenstein. Su padre, oficial alemán de la confederación es trasladado a Munich donde vive su infancia junto a sus seis hermanos. Su padre muere cuando el pequeño Hans tenía tan solo cuatro años. El mismo año fallecen sus dos hermanos mayores durante la guerra franco prusiana, y el tercero se suicida a la temprana edad de doce años.

Hans queda al cuidado de su madre y sus dos hermanas. Se trasladan a Viena donde cursa sus estudios recibiéndose de doctor en teología y filosofía.

En esta primera etapa su filosofía demuestra la influencia estoica sobre todo de Séneca, sobre quien escribe “Las cartas olvidadas” en referencia a las Cartas a Lucilio, donde Krommell, ademas de reescribir varios pasajes del genial filósofo agrega un centenar de escritos donde justifica su ulterior decisión de quitarse la vida e incita a Lucilio a tomar su ejemplo basándose en una visión pesimista del mundo. Si bien este pensamiento difiere sustancialmente con los ideales del sabio estoico, fue el primer libro que se conoce de Krommell y fruto tal vez de sus vivencias personales.

El texto fue editado por Haas Brock en 1884, cuando Krommell contaba sólo con dieciocho años, y se conservan de él tan solo tres ejemplares, que según algunos historiadores del filósofo habrían sido los únicos que Brock habría impreso para que Hans no lo hostigara más. Se argumenta que Brock era amante de la madre de Krommell y que ya que no quedaban en Viena editoriales interesadas en publicar "...tan patéticos escritos que desvirtúan los valores morales edificados por Séneca a lo largo de toda su vida..." (como Brock escribe en una carta a su colega editorial Herman Popper en septiembre de 1883), por lo que el editor accedio a hacerlo.

En esa temprana edad el aún adolescente Krommell comienza a manifestar una dolencia muy particular consistente en tics repetidos y vocalizaciones involuntarias lo que lleva al joven filósofo a aislarse (más bien recluirse totalmente) en la casa que compartía con sus hermanas, ya que su madre se mudó por ese entonces a la villa que Brock tenía en las afueras de París.

Es aislado en una habitación del altillo de la casa donde escribe su segunda obra conceptual "La razón como el producto negativo de la voluntad demostrada según el orden fisiológico geométrico". Esta obra, publicada por Haas Brock unos años después nos muestra a un filósofo más maduro y cínico, donde hace referencia al condicionamiento que la voluntad y la razón sufren debido a "...zonas oscuras del cerebro donde radica la inteligencia, la memoria, el aliento vital y el control de los movimientos, voluntarios y de los que no lo son..."

Es innegable la influencia que la enfermedad que Krommell padecía, hoy conocida como síndrome de Gilles de LaTourette tuvo en esta obra que critica despiadadamente a la obra cumbre de Schopenauer "El mundo como voluntad y representacion" de quien Krommell se manifestaba "...su más pesimista alumno". En estos escritos se vislumbra la ácida pluma y rica prosa de Krommell y de su hermana menor Agnes ya que Hans no podía escribir a mano alzada debido a los violentos tics y debió dictarle sus textos a su hermana a través de la puerta del altillo al que nadie por ese entonces tenía acceso. Esto permitió que Agnes agregara comentarios a lo que Hans le redactaba. "...vi como arrojaba la pluma por los aires sin poder hacer nada por detenerme..." le escribió a su madre meses antes en una de las cartas que se conservan del filósofo.

Durante la estadía en París, su madre logra que un prestigioso neurólogo, el Dr. Charcot examine al torturado Hans. Este es trasladado a París e

internado en el asilo de La Salpetriere. Durante su estada allí, se reencuentra con un viejo compañero de estudios de Viena, el Dr. Sigmund Freud que estaba becado para observar como el Dr. Charcot trataba las crisis de parálisis bruscas e involuntarios denominadas Histéricas.

Tras una estadía de seis meses en París, Krommell empeora sus crisis y el Dr. Charcot se revela incapaz de tratarlas. Debido a esto su amigo Freud le sugiere que intente controlarlas con cocaína intravenosa, un anestésico local que él estaba investigando y que personalmente consumía, con lo que las crisis cesaron en un principio.

El Dr. Freud estaba convencido de que las crisis de Krommell eran debidas a algún tipo diferente de histeria y se compromete a tratar personalmente a su viejo compañero con Hipnosis ya que según Charcot a los histéricos se los podía hipnotizar fácilmente.

Luego de tres meses de Hipnosis, electroterapia (estimulación eléctrica de piel y músculos) y cocaína, que Hans combinaba con altas dosis de opio, las crisis cesaron.

En 1866 Freud lee ante la sociedad de medicina de Viena su trabajo sobre la “Histeria en el Hombre” basado en gran parte en sus investigaciones durante la terapia de Krommell (pero omitiendo el uso de la cocaína) a quien Freud llamaba el caso ‘K’. Es precisamente este escrito el que inspiró a Kafka para llamar así al protagonista torturado de su novela “El proceso”, según lo publica el propio Max Brod en la edición de Gesammelte Scriften en 1935.

Por ese tiempo, 1885, un Krommell restablecido recorría la feria Mundial de pintura de Amberes, donde conoce a un joven noruego tres años mayor que él, que había abandonado sus estudios de ingeniería para dedicarse a la pintura. Nos referimos a Edvard Munch, que al igual que Hans tenía un padre militar, (en el caso de Munch médico militar) y cuatro hermanas mujeres. Durante ese año ambos residen en París, hasta que la delicada salud de Krommell cede y pese al tratamiento comienza nuevamente con sus ataques. El historiador de arte Roger Spoto refiere que precisamente en uno de esos ataques ocurrido en un puente parisino durante el ocaso, se inspiró el gran pintor para la figura central del cuadro “El grito” que nos confronta con el miedo y la soledad del ser humano en una naturaleza que no consuela, “...una voluntad que es vana y nada puede hacer para contener las crisis que al aparecer se apoderan de mis restos mortales...” (carta a su hermana Agnes, 1885).

Krommell se retira a Viena donde permanece nuevamente al cuidado de sus hermanas. En 1887 fallece su madre y Haas Brock contrae matrimonio con Agnes, hermana menor y preferida de Hans y se muda a la residencia de los Krommell en Viena. Este hecho desestabilizó aún más la ya debilitada salud de nuestro filósofo, pero habría de durar bastante poco.

A los pocos meses Brock es hallado muerto en situación poco clara. En su Lápida Hans sugiere colocar la frase “Lo que no te mata te hace más fuerte” luego adoptada por Nietzsche con quien Hans mantenía comunicación epistolar. La hermana mayor de Hans, Frika, estaba casada con el jefe de policía de Viena quien sospecha de Krommell ante la dudosa muerte del editor. Hans tenía una actitud bastante extraña debido a su enfermedad, casi no salía de su habitación del altillo, pero en las escasas oportunidades en que se mostraba ante los visitantes no ocultaba su agrado ante la muerte del Sr. Brock. Ante las insistentes sospechas de su cuñado, éste decide llamar al famoso criminólogo James Marsh con quien se había formado en criminalística en Londres, y él sugiere buscar restos de tóxicos en el cadáver que debe ser exhumado.

Investigaciones posteriores, gracias a un artefacto diseñado por el mismo Marsh, arrojan altas concentraciones de arsénico en el cuerpo. Todas las sospechas recaen en Hans quien es detenido como sospechoso en la cárcel de Viena. Posteriormente y gracias a la mediación de Agnes que contrata a los más prestigiosos abogados de la ciudad, se constata que Brock se automedicaba con Licor de Boudin para tratamiento de su sífilis y que éste se hallaba hecho a base de arsénico, con lo que Hans recupera su libertad al cabo de seis meses.

Esta fugaz detención habría de minar aún más la delicada salud de nuestro filósofo quien le escribe cartas a su madre ya fallecida desde prisión y las envia al cementerio de Viena “Yo soy Hans Krommell, y seré Hans Krommell hasta que muera. Entonces habré sido Hans Krommell”(Carta a su madre 1888). Algunos historiadores han querido ver en estas cartas un dilema existencial por cuanto, si la existencia de Krommell precede a su esencia como persona, estaríamos ante un precursor del movimiento existencialista mucho antes que Heidegger publicara su obra Ser y tiempo, o que Sartre sentara las bases del movimiento que posteriormente revolucionaría el pensamiento durante gran parte del siglo veinte. Otros pensadores, más escépticos argumentan que se trata de escritos llevados a cabo por una persona alienada, recluida y con su capacidad intelectual

minada por las drogas. Esto es una constante en la vida de nuestro filósofo que se repetirá hasta su muerte, permanentemente su obra se sitúa en un delicado hilo que pende entre la genialidad y la locura.

Al salir de prisión y reencontrarse con Agnes, misteriosamente la salud de Hans se reestablece, y ya con su hermana como dueña de la editorial Brock, Hans comienza la etapa más prolífica de su escritura, no toda del mismo nivel académico ya que publica un Manual de Historia de la filosofía de cuatro tomos, un Tratado de Ética, su Tratado Lógico no Metafísico, la traducción de las obras completas de Séneca al alemán, La Crónica de la guerra Prusiana, tres libros de cuentos para niños, la mayoría de los cuales escribió durante su reclusión en la cárcel de Viena. Uno de ellos titulado Las Vejaciones que tuvo que sufrir el pequeño niñito preso hicieron que su propia hermana queme la primera edición y sólo se reimprimió luego de su muerte. Y finalmente un manual de pesca con señuelo que era su distracción favorita ya que el fino temblor que lo aquejaba le favorecía para la práctica de lo que hoy se conoce como Fly fishing.

Pero es en su Tratado lógico no metafísico su magnum opus, donde arremete contra toda la teoría filosófica escrita hasta ese momento "...Antes de discutir los problemas de la filosofía debemos discutir qué significado le asignamos a cada término, las palabras ética, metafisica, esencia, y otras tantas no significan lo mismo para Platón, para Aristóteles, o para Kant, por lo que tras años de vagar por la filosofía puedo decir que los problemas principales de la filosofía, son los de los filósofos. Que casi todos los problemas son semánticos gracias a ellos y que de muy pocas cosas se debe hablar...pero que estas cosas no son las que realmente importan en la vida..."

Este libro revolucionario es extrañamente breve, particularmente su primer capítulo que transcribiremos a continuación:

"El mundo está formado por todo lo que es. El conjunto de todo lo que no es, lo llamaremos nada, y por tanto no vamos a hablar de ello ya que por definición, no es.

El conjunto de las cosas que tengan una definición clara es sobre lo que vamos a discutir, el resto de las cosas sin definición clara, o patrimonio del espíritu, están vinculadas más a la fe que a la razón y por lo tanto carece de sentido hablar de ellas."

Esta obra, que fue decisiva en el desarrollo del pensamiento posterior de la mano de Augusto Comte y Ludwig Wittgenstein, por citar algunos de los filósofos que hacen de este tratado una pieza fundamental en el desarrollo del pensamiento occidental, no fue bien valorada en ese momento, ni siquiera Krommell fue plenamente consciente del alcance de su descubrimiento y según él mismo contó a su biógrafo "...no lo hubiera publicado de no tener una editorial a mi disposición, pero tomé conciencia que a la sociedad no le importaba el contenido los libros que alguien publicaba y que, a menor la comprensibilidad de ellos, mayor el prestigio del autor. Sólo importaba el peso de la obra una vez encuadernada". (Allan Greensberg 1939)

Para 1898 Krommell gozaba de un prestigio bien ganado como filósofo por eso las autoridades de la Universidad de Viena le ofrecen la titularidad de la cátedra de Filosofía, cargo que ocupó tan sólo tres años debido a que su estado de salud empeora. Para 1901 un nuevo malestar se agrega al conjunto de síntomas de nuestro pensador. Cuando su fama como catedrático se sumaba a una popularidad creciente entre la alta sociedad, comienza a pronunciar involuntariamente palabras obscenas durante sus clases, actos que actualmente se conocen como coprolalias y están vinculadas al síndrome de Gilles de La Tourette. Si bien esto aumentó notablemente la cantidad de alumnos que asistían a su cátedra, en aquel momento fueron malinterpretados por sus colegas y superiores lo que motivó la sanción y expulsión de la universidad.

Este hecho no pasó desapercibido por la fina ironía de nuestro autor quien ya recibía muestras de reconocimiento de varias revistas especializadas y universidades alemanas y francesas "...Estos catedráticos ven al genio como nosotros a la liebre, solo se puede aderezar y comer una vez muerta, y mientras vive lo único que hacemos es pegarle tiros..." escribiría más tarde en un prólogo de la tercera edición de su Tratado lógico no metafísico.

Aunque en los años siguientes le fueron ofrecidas cátedras en la Universidad de Kronisberg, Frankfurt y Praga, Krommell nunca volvió a dedicarse a la docencia, oficio que según sus propias palabras "...sólo servía para aumentar la vanidad del docente, y desde un punto de vista más práctico, llamar la atención del auditorio, particularmente del femenino." (Ética. 1905 pág 258) No obstante continuó dando conferencias en diversas universidades, siendo especialmente crítico con sus colegas académicos.

“Las escuelas de filosofía y los grandes profesores que elaboran sus teorías, basan sus argumentaciones en elucubraciones oscuras y carentes de sentido en la gran mayoría de los casos, confundiendo a sus lectores y alumnos, que tras releer lo incomprensible varias veces, se familiarizan con ese vocabulario sin sentido, y finalmente caen en el engaño de creer que han comprendido de qué se trataba todo ese asunto”. (Ética. 1905 pág. 335).

Para 1905 le invitan a dar una serie de conferencias en Roma. Pese a no encontrarse gozando de buena salud, Hans acepta pensando que el clima de la península italiana le haría bien. Viaja solo ya que sus hermanas no aprueban esa decisión argumentando que un cambio de ese tipo la podría deteriorar aún más. En marzo de 1905 Hans parte hacia Italia sin saber que nunca volvería a ver a su hermana menor.

Luego de un accidentado viaje en que tuvo que detenerse varios días por problemas de salud, Krommell se instala en Roma, donde ya gozaba de cierta popularidad. Allí conoce al conde Giacomo Della Stella, Commedatore di Modena, quien se declara encendido admirador suyo y lo invita a pasar una temporada en su castillo. Krommell posteriormente describiría este primer encuentro de la siguiente manera: “Obstupui, steteruntque comae, et vox faucibus haesit” Los críticos señalarán con el paso del tiempo que la relación entre Krommell y el conde no se limitó a una simple amistad, algunos, maledicentes, harán hincapié en la extrema afinidad entre ambos.

Esta íntima amistad acarrearía no pocos disgustos a Krommell, criticado por otros filósofos, quienes envidiosos del creciente prestigio entre las altas capas de la sociedad, comenzaron una campaña de difamación y escarnio del conde, como forma de opacar el ascendiente del ya célebre pensador. Ante estos rumores y a fin de acallar los comentarios, Krommell y Della Stella fundan un hogar de niños (Il nido dei Putti) a cargo de la Hermandad del Sacre Couer. Lamentablemente, sus críticos afirmarán que sólo es una pequeña devolución a la sociedad de los bienes indebidamente apropiados por Della Stella, quien cargaba con un oscuro pasado; los nacionalistas, en cambio, les reprocharán no haber elegido una orden de origen italiano.

El conde invita a Krommell al carnaval de Venecia. Este queda profundamente impresionado por lo fastuoso de la celebración y por el comportamiento de los hombres y mujeres de la sociedad, quienes amparados en el anonimato que les brindan las máscaras modifican radicalmente su comportamiento, desinhibidos del rol social que ocupan.

Esta impresión generará el opúsculo “De hombres y arlequines Las máscaras de la sociedad– Ensayo sobre los roles del hombre en la sociedad contemporánea”.

Este último opus reafirma a nuestro filósofo como uno de los más brillantes sociólogos de su tiempo. Una vez más el peso específico de la crítica mordaz surgida de la pluma de Krommell hacia la sociedad, inclinaba la balanza a su favor. Poco tiempo después de editada la obra, ya nadie ponía en duda que se hallaban ante una de las más brillantes mentes librepensadoras de Europa.

La estadía de Hans en Italia debió interrumpirse en forma abrupta debido a una afección pulmonar de Agnes. Lamentablemente nuestro filósofo no la volvería a ver ya con vida puesto que fallece durante el viaje de regreso de Hans a Viena en julio de 1906. Este hecho perturba a Krommell de tal forma que deben internarlo en el Hospital de Viena con un severo cuadro de melancolía que lo coloca al borde de la muerte. Permanece en el pabellón de enfermos mentales hasta su misteriosa desaparición dos años más tarde. En este último período, apenas si emitía palabra. El doctor Gunter Schlenker, reconocido psiquiatra que lo asistió, editó un libro de aforismos y sentencias recopilados bajo el título Pensamientos de Hans Krommell, libro oscuro sobre el que pesan ciertas dudas acerca de la legitimidad de los dichos atribuidos a nuestro filósofo, no porque no siga una línea de pensamiento con el resto de la obra de por sí bastante ecléctica, sino porque se acusó a Schlenker de atribuir al pensador ciertas cosas de su aporte personal con el único fin de vender un libro póstumo para hacerse de algún dinero.

En el invierno de 1908 una fuerte tormenta deja a oscuras la ciudad de Viena durante varias horas de la noche. A la mañana siguiente, los enfermeros del hospital encuentran al doctor Schlenker ahorcado en su despacho y varios de los internados fuera de sus habitaciones. Krommell y otros tres psicóticos desaparecieron aquella noche, dos de los cuales aparecieron días más tarde muertos por el frío en las afueras de Viena. Nunca se supo más de Krommell, ni tampoco de Della Stella quien había desaparecido meses antes durante una investigación que realizara la policía Romana sobre la hermandad del Sacre Coeur a la que acusaron de encubrir casos de prostitución infantil.

Un año más tarde Frika Krommell, hermana mayor de Hans y sin ningún antecedente literario ni formación filosófica alguna, publica El tractatus

lógico metafísico, donde se retoma la obra cumbre de su hermano. En este libro de cierta aspereza en su desarrollo pero con indudable tendencia a imitar la sintaxis de su desaparecido hermano, se trata de aplicar el método Krommelliano a la explicación de la muerte y demás tópicos dejados de lado en la obra anterior. Si bien la prosa es sustancialmente diferente hay quienes han querido ver la mano de Hans detrás de este escrito, haciendo que la vida de nuestro filósofo abra paso a su leyenda.

Hans Krommell desaparece en diciembre de 1908.

Giacomo della Stella fue encontrado muerto en Roma en febrero de 1909 de dos balazos en la cabeza. El nido dei Putti fue cerrada por el gobierno romano en ese mismo año.

En 1918 muere Frika quien estaba convaleciente desde hacía meses por un cáncer, pero poco antes de su deceso, publica con motivo de cumplirse una década de su libro, una reedición del Tratado lógico no metafísico y el Tractatus lógico metafísico en un mismo volumen...con prólogo de Hans Krommell fechado en ese mismo año...

Frika es enterrada en el cementerio de Viena, junto a la tumba de su padre, madre y hermanos, a un lado de la tumba de Agnes. Ese mismo día un grupo de estudiantes de la universidad de Viena colocó a su diestra una tumba in memoriam de nuestro filósofo donde reza: Hans Krommell. “Esse es percipi”. 1886–...

---

2 ser es ser percibido

Like a burning paper in the air.

A veces, en ese momento que separa la vigilia del sueño, me invaden pensamientos que la razón me hace luego olvidar por inverosímiles. Quisiera volver a tener quince años, pero no podría vivir otros tantos sin ver a mis hijos de nuevo. O nunca haber fracasado, pero quizás nadie soportaría mi arrogancia. Otras veces quisiera estar de nuevo con mi padre...pero creo que no toleraría una nueva pérdida.

Por lo general siempre ocurre que el análisis vigil de esas ocurrencias, las destruye por inconsistentes. Pero es en aquellos momentos donde aun apelando a mi mayor fuerza dialéctica me sobrecoge otra de esas ideas parásitas e intranquilizadoras, aquella que aún no he logrado desterrar...

...quisiera haberle dicho que la amaba.

La Flor de Novalis

What if you slept? And what if, in your sleep, you dreamed? And what if in your dream, you went to heaven and there plucked a rare and beautiful flower? And what if, when you awoke, you had the flower in your hand? Ah, what then?[3]

Samuel Taylor Coleridge

Con mucha frecuencia me asalta el recuerdo vivido de un sueño muy extraño. Me encontraba caminando por un sendero arbolado a orillas de un río angosto. Algo del paisaje con sus casas construidas sobre la orilla y sus amarraderos sobre el agua me hicieron creer que se trataba de la ciudad de Brujas.

Durante mi caminata, que fue lo suficientemente larga, pude observar a varias personas durmiendo a la sombra de los árboles. Me llamó la atención que al lado de cada una de ellas, había objetos de lo más inverosímiles. Creí ver a Novalis al lado de una flor de un azul intenso, un laberinto indescifrable a la diestra del escritor de Praga, Nothung empuñada por un durmiente Sigfrido, y un juego de ajedrez que casi ocultaba las facciones de un Borges a punto de despertar. Así, con la naturalidad propia de quien se sabe dentro de un universo onírico, continué mi camino por entre aquellos durmientes, algunos (la mayoría) desconocidos, y fui comprendiendo, a la vez que me familiarizaba con ese mundo, que esos objetos representaban los sueños de aquellos que dormían.

Hasta que de pronto, al pasar bajo una arboleda, me crucé con ella, que a su vez me contemplaba soñándola a su lado. Me inquietó no comprender cuál era yo en realidad, si el caminante, o el soñador de ella.

Mientras pensaba continué bajando por el lecho del río. Desde la otra orilla se veían las inconfundibles facciones de las señoritas de Avignon rodeando a otro durmiente, y luego, río abajo, a otro hombre con bombín

que llevaba la cara cubierta por una manzana verde y en su mano un cartel que rezaba: “esto no es un hombre durmiendo”.

El resplandor crepuscular bañó de un tono dorado el cauce del río, y me detuve a contemplar aquella escena en un asiento de madera.

Me sentía a gusto en ese sueño, sentía que podía controlar los tiempos del mismo cual una obra ya vista. Supe que tenía que levantarme y continuar mi caminata. La luz ya era escasa y habían despuntado algunas estrellas.

Sobre una cama dorada en medio de un prado me encontré nuevamente con ella. Pude ver su rostro durmiente iluminado de un tono lila por la luz de la luna.

Me recosté a su lado.

Y así permaneceré inmóvil hasta que se haya despertado.

Sólo existo en sus sueños... pero espero algún día despertar con ella... como la flor de Novalis.

---

3 *(¿Y si durmieras? ¿Y si en tu sueno, soñaras? ¿Y si soñaras que ibas al cielo y allí recogías una extraña y hermosa flor? ¿Y si cuando despertaras tuvieras la flor en la mano? ¿Ah, entonces qué?)*

Los ojos del gato

El 17 de abril del 2012 fue realizado el primer implante de memoria adquirida de un ser humano a otro en el Jackson Memorial Hospital de Chicago por el profesor Bergson. El procedimiento consistía en inyectar un ultrafiltrado de líquido medular junto con sustancia cerebral del donante en la médula del receptor. Los resultados de la misma comenzaban a observarse entre las 2 y 4 horas, y duraban en promedio por diez días. Durante los mismos el receptor adquiría momentáneamente todos los conocimientos que el dador había reunido en su vida. Las implicancias que dicho descubrimiento produjo en el espionaje industrial motivó la proscripción de los mismos por el consejo supremo de seguridad internacional. Durante los trece años en los que el trasplante fue permitido, un grupo de personas llamados RTMA (receptores temporarios de memoria adquirida) se inyectaban el ultrafiltrado de personas convalecientes para prolongar en el tiempo las voluntades de éstos si la familia lo requería.

INTRODUCCIÓN

El dolor de cabeza era realmente insoportable, mucho más que las otras veces.

Tenía la visión nublada y el más mínimo contacto con la luz le producía náuseas y la sensación de miles de agujas que le penetraban en sus órbitas.

Se arrastró como pudo hasta el ventanal por donde se filtraban aquellas saetillas del ocaso que bañaban la habitación de un tenue color dorado.

Bastó un instante en que el hombre estuvo quieto para que el gato se acercara a escasos centímetros de su nariz, lo miró con cautela, ronroneó suavemente y dio un par de vueltas sobre sí mismo para detenerse exactamente en la misma posición.

El receptor abrió los ojos y se encontró con la mirada ojival del felino que comenzó a caminar sobre su mano derecha tendida en el piso, subiendo luego hasta el hombro. Sintió (aún era capaz de hacerlo) los pasos suaves del animal llegar a su cadera, ahí se hicieron más pesados para luego desaparecer.

El felino apareció esta vez a su izquierda. Pudo sentir su respiración pausada y hasta la suavidad de su cola dibujando caprichosamente sobre su mano.

El animal saltó repentinamente sobre una mesa y comenzó a contornearse seduciendo a una escultura naif de una gorda desnuda.

—Gato fetichista – dijo el receptor antes que un manto de olvido cayera sobre su conciencia.

Despertó seis horas después y vio la luna reflejada en los ojos del animal.

—Ahora te vas a subir al sillón y desde el apoyabrazos vas a saltar hasta tu caja de cartón, –pensó el hombre , y el gato como un títere realizó lo que el hombre había imaginado.

El dolor de cabeza había disminuido considerablemente y por fin pudo girar su cabeza con lo que tuvo una visión completa de la habitación.

Vio el cuerpo inmóvil de la mujer tendido boca abajo de espaldas a él a un metro suyo. Llevaba un vestido negro ajustado que resaltaba su esbelta figura, medias negras y zapatos de taco alto, uno de los cuales yacía unos

metros más atrás. El cabello dorado caía lacio desde su cabeza para zambullirse en el charco oscuro que se había formado en la alfombra.

El gato se paseó alrededor de la mujer y miraba al receptor que lo contemplaba con asombro, olfateó el cabello, erizó la columna vertebral y se dirigió a su caja de cartón pasando nuevamente a escasos centímetros de la nariz del hombre. Las huellas del animal quedaron esta vez grabadas de un color bermellón en la alfombra gris.

No fue necesario que el receptor las examinara para saber que se trataba de manchas de sangre. Cerró los ojos tratando en vano de recordar y cuando los abrió nuevamente las huellas del gato guiaron su mirada directamente a la caja de cartón que se hallaba bajo el ventanal. Fijó su mirada en los ojos centelleantes del gato que lo observaban desde adentro, pero notó que no era esa la única luminosidad que había dentro de la caja. Se arrastró hasta ella y miró en su interior. El animal saltó por encima suyo y el hombre introdujo su cabeza en la caja, contempló en su interior y comprendio todo el misterio a la vez que supo que su vida había llegado a su fin.

1

La luz roja de la sala de RTMA se encendio y en el letrero vecino a la puerta las letras del casillero ‘Unidad de Trauma” viraron del negro al verde.

Allan movió el alfil negro a la casilla cuatro rey ofreciendo el cambio de damas con lo cual sabía que disminuía al mínimo las posibilidades ofensivas de su adversario, pulsó el timer y se levantó lentamente. Al llegar a la puerta bajo la luz roja dijo:

—Voy a ver de qué se trata, enseguida vuelvo... y desde luego que si ofrecés tablas están aceptadas.

—Eso ni pensarlo–, replicó Arturo sin levantar la vista del tablero mientras movía los dedos acompasadamente sobre un piano imaginario en el borde de la mesa.

Salió de la habitación pensando aún si el cambio de damas sería aceptado y de qué forma podía forzar las tablas. Iba con los ojos semicerrados apoyado sobre el pasamanos de la cinta transportadora que lo llevaría directamente a la Unidad de Trauma.

Allan era jefe de psicopatología del hospital desde hacía un año y uno de los principales responsables del proyecto de implante de memoria ya que había trabajado con el profesor Bergson en Chicago cuando éste comenzó con sus investigaciones.

Pensó que si cambiaba 16–DxD –PxC 17–CxC –AxP tendría inmejorables oportunidades de vencer a Arturo por primera vez. En ese momento la cinta transportadora se detuvo y Allan transpuso la puerta neumática de la Unidad de Trauma.

El olor a antiséptico y la suave brisa del flujo laminar le resultaban particularmente desagradables. Se colocó un camisolín y una máscara y se encaminó hacia la cama ocho que parecía un avispero de médicos y enfermeras.

—Buenas tardes, me llamaron desde aquí. ¿Tiene idea de qué paciente se trata? –inquirió Allan a un residente que se hallaba un tanto alejado de aquel hervidero.

—Doctor Moral, se trata del paciente de la cama cuatro, creo que lo buscaba el doctor Mackintosh. Está en su despacho.

—Gracias.– Allan Moral dio media vuelta y caminó lentamente hacia la puerta del fondo.

—Por fin se respira aire normal y no esa porquería tóxica estéril de allí adentro. –exclamó Allan no bien hubo transpuesto la puerta del despacho del Doctor Mackintosh.

—Que tal Allan, te hice llamar porque quería saber tu opinión acerca del paciente de la cama cuatro. –dijo el doctor Mackintosh al tiempo que se levantaba para estrechar la mano de Moral– Será sometido a una cirugía de un tumor cerebral y tiene alto riesgo de no recuperarse, por lo menos, no como lo que nosotros pensamos que es un ser humano normal. –Mackintosh sonrió y le extendio la historia clínica.

—Así que los neurocirujanos van a tener trabajo. ¿Cuál es el riesgo?

—Al parecer es muy poco probable que salga bien, el tumor es muy grande y la familia ya ha hecho los trámites para aprobar la toma del ultrafiltrado en caso de que él no pueda terminar de escribir la novela que está escribiendo...

—...Y uno de los nuestros se tendrá que transformar en escritor.

—La familia ha pedido especialmente que seas vos, ya que sos una eminencia al respecto. –Mackintosh sonrió al decir esto último, pero sabía internamente que parte del prestigio del hospital se debía al hecho que Moral trabajaba allí.

—Espero que sea bueno, porque yo no escribo nada desde una carta que le mandé a papá Noel cuando tenía cinco años.

—Andrés Abrevaya. ¿Te dice algo ese apellido?

—El premio Nobel de literatura. –exclamó Allan con sorpresa.

—Exactamente, Lo derivaron ayer para operarlo justamente por la posibilidad de realizar el implante aquí. –dijo Mackintosh.– Tenés suerte, esto va a prestigiar más tu servicio, y probablemente tengas participación en las ganancias que deje el libro póstumo de Abrevaya.

—¿Qué dice el jefe de Neurocirugía ?

—Está tomando antiácidos desde que se enteró. Ahora en serio...–dijo Mackintosh con una sonrisa – el tipo está jodido, creo que después de operado va a quedar como la germinación del poroto. Hacete a la idea que vas a tener que realizar el implante.– Mackintosh tomó a Allan por el hombro y lo acompañó a la puerta.– Y suerte en tu nueva profesión. No te olvides de dedicarme un ejemplar.

—Pero...

—La cirugía está programada para pasado mañana. Vamos a ver a la familia mientras te explico... –continuó Mackintosh sin dar lugar al comentario de Allan.–... ellos querían que fuese el propio hijo de Abrevaya el receptor para evitar el robo de la novela por otra persona y también preservar de inconvenientes legales con respecto a la autoría de la misma. El hijo de Abrevaya también es escritor lo que facilitaba las cosas, pero les expliqué que por normas internacionales, los implantes sólo se realizan en personal entrenado, y que si el mismo se realizaba correctamente no era imprescindible que el receptor ni siquiera supiese escribir.

La familia se asesoró sobre los riesgos de traumas psíquicos que pueden ocurrir en el receptor cuando comienzan a manifestarse las virtudes intelectuales del donante y parece que desistieron de la idea, incluso sé que hablaron telefónicamente con el Dr. Bergson y creo que él mismo les recomendó que el receptor fueras vos.

—¡Bergson! –exclamó Allan con asombro.

—Yo pensé lo mismo que vos. Parece que el hombre te ha perdonado.

—Soy yo el que debería perdonarlo, pero no pienso hacerlo. Ese hijo de puta me usó y...

—Pero vos te hiciste famoso gracias a su descubrimiento, y eso jamás lo toleró. –interrumpió Mackintosh– Creo que es una buena oportunidad para que ustedes dos vuelvan a tener un diálogo más adulto.

—Decís eso porque no lo conocés. No podés pretender trabajar con una araña sin que te pique, y eso es ese tipo, te va enredando en una gran telaraña y cuando te tiene listo...

—¡Listo, basta! –Mackintosh tomó a Moral por los hombros y lo sacudio con alguna violencia. Luego siguieron caminando.

Allan conocía perfectamente los peligros del implante ya que lo había recibido una treintena de veces con un porcentaje de éxito notable. Continuaron caminando hacia la sala de espera de la Terapia y Mackintosh notó que el doctor Moral ya no le prestaba atención, éste se encontraba absorto mirando a través del vidrio que separaba a los familiares del despacho de Mackintosh.

—¿Quién es aquella mujer?

—Cuál mujer, Allan, por Dios, te estoy hablando de algo muy serio que no sólo te va a dar fama sino que también mucho dinero, además yo soy el médico de la familia Abrevaya y espero tener alguna participación en esto.

—¿Es familiar de Abrevaya?

Allan seguía contemplando absorto a la mujer de la sala de espera. Se hallaba sentada en uno de los sillones en el centro de la misma, el pelo castaño le caía lacio hasta los hombros, vestía una camisa búlgara y una pollera negra, abrazaba un bolso negro con su brazo derecho mientras daba esporádicas bocanadas de humo y miraba como éste se perdía al llegar al techo. En ese momento apagó el cigarrillo, buscó algo en su bolso, se puso de pie y caminó hacia el vidrio opaco. Cuando estuvo parada casi delante de él (Allan sabía que ella no podía verlo a través del cristal) llevó un pañuelo a su cara y se secó unas lágrimas que caían de dos enormes y enigmáticos ojos azules.

—¿Quién es esta Diosa? –dijo Allan en voz alta sin mirar a Mackintosh que se hallaba detrás suyo.

—Es familiar del paciente que acaba de ingresar en la cama ocho –respondió Mackintosh con evidentes signos de fastidio–. Y ahora Romeo, espero que te dejes de embromar y me acompañes a ver a la familia de Abrevaya.

—¿Pero no me vas a decir que no es hermosa?

—No te la recomiendo.

—¿Por qué lo decís?

—Preguntale al marido. Estaría tan idiota como vos ahora y se cayó de un sexto piso.

Allan se dio vuelta sobresaltado, metió ambas manos en los bolsillos del guardapolvos y levantó las cejas a la vez que expresó:

—A la mierda. Pobre tipo.

—Fantástico, fabuloso. –Mackintosh recuperó su habitual sonrisa y caminó alrededor de Allan.– El célebre Dr. Moral que es coautor de la novela póstuma del premio Nobel Chileno ha hablado. Esa frase podrá ser usada en la lápida del Sr. Cabrera y permanecerá en el recuerdo de todos sus deudos “A la mierda. Pobre tipo”, y largó una carcajada.

—Cabrera. –Allan pensó un instante– ¿Cabrera cuánto?

—Qué se yo. Cabrera Juan, o José. Da lo mismo, el tipo es boleta y punto. Ahora vení conmigo que te presento a la familia de...

Allan se había ido rumbo a la sala de trauma, caminó hasta los pies de la cama ocho y tomó del brazo a una enfermera que estaba recolectando orina de una bolsa de plástico.

—¿Cabrera cuánto?

La enfermera lo miró estupefacta, y algunas gotas se le derramaron del brocal.

—Yo no soy Cabrera doctor, soy Angelita, la enfermera de trauma. –Respondió vacilante la nurse.

Allan tomó conciencia del ridículo que estaba haciendo, soltó el brazo de Angelita, volvió a introducir ambas manos en los bolsillos y preguntó nuevamente:

—Si Angelita, ya sé, disculpe si la estorbé, me refería al paciente. ¿Sabe su nombre?.

—No doctor, pero puede averiguarlo en la historia clínica que está en el office de enfermería.

—Si, claro... Sólo estaba... –Allan no sabía qué responder. –haciendo un estudio sobre la despersonalización de la atención médica...pero, continúe con su trabajo querida y considere que parte de la orina del señor Cabrera ha sido derramada al anotar sus balances.

Allan no estaba del todo satisfecho con su explicación pero dio media vuelta sin esperar ver la reacción de la enfermera. Tomó la historia clínica y leyó rápidamente la nota del ingreso. Salió con ella al pasillo y llamó en voz alta:

—Familiares de Cabrera Antonio.

Luego de decir esto, miró adrede hacia el lado de la sala opuesto a donde se hallaba la mujer y permaneció en esa posición hasta que escuchó a sus espaldas:

—Doctor.

—Allan se dio vuelta y quedó frente a la mujer de enormes ojos azules. Notó que era más alta de lo que había supuesto y mucho más hermosa de lo que se apreciaba a través del cristal polarizado.

—¿Usted es familiar ?

—Si. Soy la esposa. –la voz de la mujer sonaba entrecortada, miró a sus ojos, respiró profundamente y por fin prosiguió.– ¿Pasó algo malo?.

—Soy el Doctor Moral, Jefe del departamento de Psicopatología

—Qué es lo que desea doctor, me han dicho que mi esposo no tiene más chances, ¿es verdad?

En cierto modo sí, pero de alguna forma se puede recuperar parte de la memoria de su esposo...– Moral explicó con lujo de detalles el procedimiento a la dama, que lo escuchaba atentamente, al cabo de unos minutos comenzó a llorar y le dijo:

—Lo voy a pensar.

—Recuerde que en todos los implantes, cuanto más tiempo haya pasado, peor es el resultado.

—Lo tendré en cuenta, gracias. –dicho esto la mujer se retiró lentamente por el pasillo de la Unidad de trauma, Moral permaneció unos minutos inmóvil observando el lugar vacío donde ella había estado parada delante suyo, para luego dirigirse al encuentro de Mackintosh y la familia de Abrevaya.

Al ingresar al despacho de Mackintosh observó que éste hablaba con unos periodistas acerca del implante mnésico.

—...Y él es el doctor Moral jefe del departamento de psicopatología quien será el receptor...

—Nos vemos en mi oficina. –Interrumpió Allan, y se encaminó hacia la cinta transportadora.

—¿Lo vamos a ver nuevamente en los diarios doctor? –Preguntó la doctora Harwitz quien trabajaba con Moral en la realización de los implantes.

—Veo que las noticias corren pronto en este hospital. Contestando a tu pregunta creo que sí, me parece que esta vez va a ser la peor de todas.

—¿Quiere que haga llamar a los familiares para la charla previa?

—A decir verdad prefiero esperar a mañana, hoy está Mackintosh hablando con toda la familia, los periodistas, y él ya les debe haber explicado. Mañana temprano le tomás la muestra al escritor, la procesás, y esperamos a ver cómo sale de la cirugía, no te olvides que puede ser que no haga falta usarla.

—Perfecto –contestó Harwitz–, pero tengo entendido que no va a ser tan fácil.

—No, creo que pasado mañana vamos a tener trabajo.

La doctora se estaba retirando cuando Moral la llamó nuevamente.

—¿Me podrías hacer un favor?

—Por supuesto.

—¿Podrías tomar una muestra del paciente Cabrera, de la cama ocho? Es por una cuestión personal.

—Supongo que el pedido hecho de esa forma tiene que ver con que no tenemos la autorización para realizarlo, ¿no es así?

—Exactamente.

—Y, ya que voy a hacer algo que está prohibido, puedo saber a qué se debe tanto interés.

—Prefiero no contarte todavía, pero tomalo como un nuevo trabajo de investigación que estoy realizando.

—Me vas a deber algo más que una cena esta vez.

—Lugar y fecha, doctora. Desde ya que le estoy muy agradecido.

—Alguna vez me gustaría sacarte una muestra a vos y ver qué es lo que pensás. –dijo la doctora acercándose al oído de Moral.

—Doctora, determinadas cosas es más interesante averiguarlas de otra forma. Nos vemos mañana.

2

A la mañana siguiente Moral encendio el televisor y comprobó que en todos los noticieros se hablaba de la cirugía de Abrevaya, y de la posibilidad del implante si ésta salía mal. Tomó conciencia de los millones que se obtendrían de las ventas del libro, más aun teniendo en cuenta que lo terminaría de escribir un muerto. Escuchó al hijo de Abrevaya mencionarlo a él en particular, y se enteró que la toma de la muestra ya estaba hecha y procesada por si hacía falta.

Al llegar a su oficina, encontró una nota sobre su escritorio escrita a máquina que decía simplemente: Viernes 21 horas en mi casa.

Allan se sonrió y partió hacia la sala de implantes mnésicos. A través del vidrio de la congeladora observó dos tubos de ensayo tapados con una rosca, en uno se leía Abrevaya y en el otro Cabrera.

Al mediodía se reunió con la familia Abrevaya. El hijo, que también era escritor, había trabajado en el Chicago Tribune durante los seis años de exilio de su padre. En ese tiempo conoció al doctor Bergson a quien tuvo que entrevistar en varias oportunidades. Eso fue tiempo después que Moral hubiera abandonado Chicago. No obstante Daniel Abrevaya lo conocía por referencias ya que él había participado en la totalidad de los implantes que el profesor Bergson había realizado.

—En realidad, nunca me expliqué por qué ustedes dejaron de trabajar juntos. –inquirió Abrevaya.

—Si realmente tiene confianza con Bergson, me extraña que me pregunte eso. Pero le aclaro que nuestras diferencias... o por lo menos las mías, siempre han sido de tipo personal, nunca profesionales. Es un gran médico a quien le debemos en parte este avance.

—El profesor tiene una gran estima por usted. Me dijo sin dudarlo que era la única persona confiable para realizar esto, de ser necesario.

—Dio usted en la tecla –interrumpió Allan, y repitió las palabras de Abrevaya– “de ser necesario”. Por ahora sólo nos queda esperar hasta mañana y ver qué resultado tenemos con la cirugía. Pero antes de que se vaya quisiera hacerle unas preguntas.

—Diga, por favor.

—¿Cuánto falta exactamente para terminar la novela de su padre?

—Casi la tercera parte. ¿Por qué me lo pregunta?

—Es muy simple, yo puedo llegar a terminar lo que su padre me transmita con su memoria, pero sólo si al momento de la toma él sabía cuál sería el final de la misma. En otras palabras, puedo saber todo lo que su padre pensaba pero no puedo pensar ni imaginar por él.

—Está claro. Pero por lo que hablamos, ya tenía una idea de cuál iba a ser el final. No se preocupe.

—Nos vemos mañana.

Andrés Abrevaya se retiró. Allan sacó su tablero portátil de ajedrez del cajón y continuó estudiando la movida inconclusa del día anterior.

No sintió la puerta, sólo la pregunta, que escuchó sin levantar la vista –¿Recibiste mi nota?

—Por supuesto, y gracias.

La doctora se sentó cruzando sus eternas piernas en un extremo del escritorio y corrió el tablero de ajedrez tan lejos como pudo. Moral la miró a los ojos mientras la tomaba por los hombros.– Pero creo que el viernes tendremos trabajo, no te olvides que mañana jueves operan a Abrevaya.

—Ya me imaginaba algo así.

—No es que no quiera ir, lo que pasa es que no creo que quieras cenar con el premio nobel de literatura.

—En la nota no hablaba nada de cenar.

—Creo, doctora, que no tengo salida.

—Esta vez, no.

—¿Te vio alguien tomar la muestra de Cabrera? –Preguntó Moral.

—No, pero de ese tema tenemos que hablar, el paciente está moribundo, y ya tiene daño cerebral, sabés que está contraindicado realizar estudios con material en esas condiciones.

—A decir verdad, no sé por qué lo hice.

—Lo hiciste por la esposa, ayer vi cómo la mirabas. No sé qué se pasó por tu cabeza, pero lo hiciste por ella. Te conozco demasiado. –La doctora Harwitz se levantó y mientras se retiraba agregó– Además, no me parece nada del otro mundo.– Moral tuvo entonces la certeza de que la esposa de Cabrera no lo había impactado en vano. Casi mecánicamente se incorporó y salió rumbo a la sala de terapia. En el aire aún se respiraba el perfume de la doctora.

—Voy a tener que pensar cómo justificarme para dejarla plantada, pero creo que esta vez se está poniendo muy insistente –pensó Allan al tiempo

que la cinta transportadora lo llevaba.

Bruscamente, la fragancia de la psiquiatra cambió por el penetrante olor a antiséptico. Mackintosh estaba colgado de dos teléfonos y se había vestido con una elegante corbata y un guardapolvos muy pulcro con su nombre bordado con letras gigantes. A través del vidrio del despacho observó a Abrevaya conversando con su hijo. Tres camas más atrás se encontraba la esposa de Cabrera. Esta vez vestía una polera negra y pantalones negros ajustados, algo le resultaba extraño, pero aún no se había dado cuenta. Allan permaneció unos minutos contemplándola hasta que notó que la señora miraba de tanto en tanto la cama de Abrevaya.

—Hablaste con el hijo. Me dijo que le impresionaste muy bien. –dijo Mackintosh.

—Qué suerte, porque conversamos muy poco. Ya sabés, lo imprescindible. No quería quitarle esperanzas ante la cirugía de mañana.

—Creo que lo tienen bastante claro.

—¿En cuántos noticieros apareciste ? – preguntó Moral con tono risueño.

—¿Ya me viste?.

—No, pero hacía tiempo que no te veía tan prolijo, con corbata, y ese guardapolvos que parece el de un chico en el primer día de clase.

—Hay que saber venderse, viejo.

—Quizás tengas razón. –dijo Allan, y agregó– ¿Hay alguna noticia nueva con respecto a Cabrera?

—Está listo –contestó secamente Mackintosh– Creo que no pasa de hoy.

—¿Te fijaste cómo la esposa lo mira a Abrevaya?

—Creo que no hay nadie en el hospital que no lo mire. –argumentó con lógica Mackintosh.

—Si, pero no me parece tan lógico de alguien a quien se le está muriendo el esposo. – Allan volvió a mirar a través del cristal pero la mujer ya no estaba. –¿Qué opina la policía? –agregó.

—Hablé con el inspector Mazzola. Es un caso cerrado, se arrojó por la ventana, no había signos de violencia, estaba sólo en la casa. Típico suicidio. –contestó secamente Mackintosh.– Preparate para mañana, eso sí que va a ser movido.

—También me tengo que preparar para el viernes, –expresó Moral entre dientes.

—¿Cómo, no vas a hacer el implante mañana?

—Dejá, yo me entiendo –dijo Moral mientras se retiraba.

3

El equipo de neurocirugía continuaba trabajando en el cierre del cráneo, uno de ellos se separó, se quitó los guantes lentamente, y levantó la vista hacia el techo vidriado. Allan reconoció la mirada impotente del doctor Ogilvie en aquel rostro parcialmente cubierto por el barbijo y el gorro de cirugía. Éste señaló el estar de médicos y Allan se incorporó. Sintió pena por el escritor al tiempo que unas palmadas en su espalda y la voz de la doctora expresando con cierta satisfacción: “Ahora es nuestro turno”.

Bajaron un piso al encuentro del neurocirujano acompañados por Mackintosh que había presenciado la cirugía con ellos.

—Te lo había anticipado, no veo por qué esa cara de asombro. –dijo Mackintosh.

—No deja de ponerme mal toda la situación.

—Mirá a tu colega, creo que a la doctora no le afectó tanto. –expresó Mackintosh en referencia a la doctora Harwitz que no ocultaba cierto grado de excitación.

—Es el primer caso importante que le toca, no le importa el paciente, sólo su sistema nervioso.

—Por lo que puedo ver es bárbara, pero, profesionalmente ¿es capaz?

—Es muy capaz, quizás le falte un poco de experiencia, pero nos vamos a arreglar bien. –dijo Allan pensativo.

—La que era muy buena era la anterior. –dijo Mackintosh– ¿No la volviste a ver nunca más?

—No.

—El problema tuyo es que tenés que aprender a tomar distancia con la gente que trabaja con vos. No es fácil ser el jefe de su novia. –Mackintosh esbozó una risita sarcástica.

—Por qué no te vas un poquito a...

—Ahí está la familia de Abrevaya –interrumpió Mackintosh– vamos a buscar a Ogilvie y después les hablamos los tres.

El neurocirujano estaba sirviéndose un café de la máquina expendedora de la sala de médicos. Al verlos entrar se acercó a ellos.

—¿Quiere un café doctora? –preguntó extendiendo el vaso hacia Harwitz.

—No, gracias.

—Yo sí –replicó Mackintosh.

—Ahí tenés la máquina, yo le estaba ofreciendo a ella, –contestó Ogilvie– estuve trabajando casi cuatro horas mientras vos mirabas y todavía pretendés que te sirva un café. –Volvió a mirarla y preguntó: ¿Cómo hay que hacer para que lea mi mente, doctora?

—No creo que haya que hacer nada, doctor Ogilvie, usted hace todo tan obvio. –le respondió Harwitz mientras se sentaba cruzando amenazante las piernas.

Moral y Mackintosh se sonrieron y este último preguntó los detalles sobre la operación. El resultado fue el previsto así que deberían realizar el implante ese mismo día. Abrevaya no sobreviviría más de 48 horas.

Luego de los informes de Ogilvie, Moral condujo a Andrés Abrevaya a su oficina donde preguntó algunas cosas específicas vinculadas a la tarea de su padre, y éste se comprometió a entregarle los borradores de la novela y una notebook que Abrevaya usaba para escribir. Andrés por último sacó el tema de la autoría del libro y le dejó un borrador de un contrato sobre los porcentajes de ganancias que le corresponderían a Moral quien no tendría derecho alguno sobre el texto, a lo que él no se opuso.

4

La mano de la doctora Harwitz se deslizó suavemente por la espalda desnuda de Allan cubriéndola de un tono caoba del antiséptico. Éste reposaba sobre una camilla con el torso desnudo mirando la escena a través del reflejo en los azulejos de la pared. Observó cómo le cubrían con un paño azul con un pequeño agujero en el centro por donde debía entrar la aguja. Ella tomó cuidadosamente el frasco y absorbió hasta la última gota en la jeringa, colocó una finísima aguja en su extremo, y, con un delicado gesto extrajo el aire del interior de la misma.

—¿Estás listo?

—Para esto sí,– respondió Moral– pero para la noche, no sé.

—Para esta noche van a estar los dos muy bien.– Dijo riendo la doctora.

La aguja atravesó la piel lentamente, y el líquido pasó al receptor sin que él se moviera. Al terminar, apagó la luz y se retiró. Los primeros minutos eran muy molestos, hasta el menor ruido, o la luz más tenue podían causar intensos dolores de cabeza.

Al cabo de dos horas, Moral se despertó. Vio su espalda reflejada en un espejo, una pequeña gasa cubría el lugar de la inoculación. Se quitó el catéter que tenía colocado en la vena del brazo y los cables de monitoreo del pecho, luego se puso la camisa y abrió la puerta de la sala de implantes que daba a su despacho. La doctora estaba sentada de espaldas a la puerta escribiendo en la computadora. El receptor se acercó lentamente sin hacer el menor ruido y la tomó por los hombros. Ella dio un salto en su silla, y rápidamente se dio vuelta.

—¿Cómo te sentís? ¿Pasó el dolor de cabeza?

—Cada vez más rápido. Hay que ver la dosis de analgésicos que usaste esta vez.

—Tengo todo anotado. Después lo vemos. Ahora te llevo a tu casa.

Salieron del hospital por una puerta trasera acompañados por Mackintosh para evitar a los reporteros. Él se quedó acompañando a Moral mientras ella iba a buscar el auto.

—¿Todo bien, escritor? –preguntó Mackintosh.

Allan no lo escuchó, estaba siguiendo con la mirada a su asistente que caminaba por entre los autos del estacionamiento. Repentinamente miró a

Mackintosh.

—¿Cómo está Cabrera?

—Otra vez con lo mismo, viejo.

—Mara debe estar arriba en la terapia, aquel es su auto.

—Y, ¿quién es Mara? Si se puede saber.

—La esposa de Cabrera. –dijo Moral pensativo.

—Me alegro que vas a tener un tiempo lejos de aquí para olvidarte de todas esas estupideces.– le respondió Mackintosh visiblemente preocupado al tiempo que el auto de Harwitz se detenía delante de ellos. Ayudó a Moral a subir y antes de cerrar la puerta agregó: –No quiero desilusionarte Sherlock, pero no creo que ese sea su auto, el señor falleció esta mañana. Doctora , por favor cuídelo para que no haga ninguna...

—Déjemelo a mí que sé cómo manejarlo. –lo interrumpió ella.

—Mañana les hablo. –Dijo Mackintosh mientras golpeaba el techo del auto.

—Hasta luego –dijo Laura, y arrancó rápidamente haciendo sonar las ruedas en el asfalto.

Moral permanecía quieto mirando al otro auto a través de la pantalla retrovisora, fijó la imagen presionando un botón y memorizó el número de la patente.

Las luces de la noche evocaron los primeros recuerdos ajenos a la mente del receptor. Recordó pequeñas luces de colores brillando sobre un manto negro, y las piernas interminables de una mujer, que asoció inmediatamente con Mara.

—¿Qué piensa el escritor?

—Todavía no sé. –respondió mientras trataba de recordar en qué momento ella le había dicho su nombre.

Esa noche comenzó a leer la novela que apenas recordaba como una historia que le hubiesen contado alguna vez. La doctora Harwitz se retiró luego de cenar y prometió pasar a primera hora del día siguiente.

Al cabo de algunas horas la pequeña computadora comenzaba a serle familiar, incluso recordó el raspón que le había hecho en un hotel de Málaga y se sintió satisfecho al confirmar que se encontraba donde él imaginaba.

—Esto está funcionando. –pensó Moral, y se esforzó por escribir algunas líneas.

Searching for my soul
in the darkness of the room,
I’m looking for a sign
that she didn’t forget me.

El cansancio se apoderó de él y quedó dormido sobre el escritorio.

Soñó con un departamento con un amplio ventanal que daba al río, donde una mujer lo esperaba. Aún en su sueño, sabía que él no pertenecía a ese lugar. La mujer era alta y delgada con cabello castaño, él trataba de alcanzarla pero ella corría por aquel lugar incitándolo a perseguirla. Sentía que ella despertaba sus deseos, y él encontraba aquel juego excitante, finalmente logró alcanzarla por la espalda y la arrojó al piso. Al voltearla observó con asombro el rostro de la mujer que había conocido en el hospital. Se despertó sobresaltado empapado en sudor y se dirigió al baño a lavarse la cara. El ver su propio rostro reflejado en el espejo lo acercó más a “su” realidad. Al levantar la vista nuevamente miró con extrañeza una expresión desconocida en sus ojos que sentía que pertenecía al otro. Se acostó con la inquietante duda acerca de quién era el soñador de aquel sueño tan extraño.

5

La doctora Harwitz lo despertó, y al salir de la ducha ella lo esperaba con un café sentada delante de la computadora.

—Es muy lindo esto, pero no tiene relación con la novela. ¿O sí?

—En realidad, no te puedo decir ya que pese a haberla escrito Abrevaya me resulta bastante... no sé cómo explicarte...

—Ajena.

—Sí creo que es eso.

—Debe ser normal teniendo en cuenta que vos no la escribiste.

—Pero ya comencé a recordar ciertas cosas que no me pertenecen. –dijo el receptor, y comenzó a relatar el sueño.

—No me parece tan raro, –dijo ella sin poder ocultar algo de fastidio– soñaste que te acostabas con la mujer del paciente del hospital. Bastante claro para mí. Realización inconsciente de deseos reprimidos, doctor. –y agregó– ¿No es eso lo que querías desde hacía varios días?

—Bueno, en realidad, algo de razón tenés, pero yo no me refería al contenido en sí, sino al entorno. El lugar tenía algo de familiar, pese a que nunca había estado allí.

—Es mejor que sigas con la escritura, ya que para eso te contrataron. Date vuelta que quiero ver cómo quedó tu espalda y me voy al hospital.

El pequeño punto rojo de la inoculación casi no se notaba. Ella lo dejó al descubierto, y tras un breve y seco saludo se dirigió a la puerta.

—Te llamo más tarde. –dijo antes de salir.

—No quise molestarte.

—De todas formas lo hiciste muy bien.–El portazo cortó la frase, y al instante se escuchó el motor del auto y un rechinar de gomas.

—Soy un idiota. –pensó Allan mientras miraba desde su ventana alejarse el auto de Laura a toda velocidad.

Trató de escribir algo, pero al cabo de unas horas de esfuerzo en vano cerró la notebook y decidió salir a almorzar. Una vez en su auto, sin pensarlo se dirigió al río.

De pronto dobló involuntariamente por una calle arbolada y llegó a un restaurante en la costa del río, donde nunca había estado pero no obstante podía recordar vagamente.

Se instaló en una mesa frente a la ventana desde donde se veía el viejo edificio de la aduana a lo lejos. Encendió la computadora y releyó parte de lo escrito.

La historia trataba de principios de siglo, donde una familia de inmigrantes llegaba con su hija Irina, quien había conocido antes de partir de Italia a un escultor de quien la guerra la había separado.

...Se instalaron en Buenos Aires hasta la gran epidemia, entonces partieron a la cuidad de Córdoba. Pasaron varios años hasta que Irina aceptó contraer matrimonio con un abogado empleado del estudio más conocido de la ciudad. Tal las costumbres de la época, Irina conoció a su futuro esposo el día del compromiso, que ya estaba arreglado por sus padres. Este resultó un buen hombre y leal esposo, no obstante ella nunca dejó de amar a aquel escultor a quien consideraba muerto en Europa.

Los hijos que tuvo Irina le dieron siete nietos, el menor de los cuales se llamó Emilio como aquel artista italiano que nunca fue olvidado. Cuando éste cumplió dieciocho años se dirigió a Buenos Aires con la idea de estudiar Bellas Artes quizás influenciado por su abuela. Fue él quien conociendo la historia del gran amor de ella, reparó en la muestra de un famoso escultor italiano, Emilio Forte, que se llevaba a cabo en una galería del centro de Buenos Aires...

Allan levantó la vista, y vio con sorpresa a la mujer de su sueño caminando por un amarradero a escasos metros del lugar donde él se hallaba.

Ella se dirigió a un velero donde un hombre de espaldas a él le ayudó a subir. Contempló inquieto la escena hasta que el velero se perdió de su vista.

Al salir del lugar observó el automóvil que le había llamado la atención el día previo en el hospital estacionado al lado del suyo. Casi sin pensarlo se acercó y pulsó los números clave de la cerradura del mismo. La puerta se abrió y tras meditarlo unos segundos, Allan ingresó en el vehículo.

—Registrando a nuevo conductor, –se escuchó por los parlantes delanteros.– por favor ajústese el cinturón para regular distancias del asiento.

Todo ocurrió tan rápido que casi no se dio cuenta que se hallaba conduciendo calles abajo, dobló inconscientemente y observó delante de él un edificio que le resultó familiar. Se detuvo frente a la cochera, mientras

contemplaba los amplios ventanales del mismo, un súbito dolor de cabeza lo invadió.

—Debo estar totalmente loco para hacer esto. –pensó, y dio bruscamente marcha atrás para luego salir velozmente en dirección del restaurante.

Estacionó el coche en donde lo había encontrado y subió al suyo, pensó unos instantes en lo sucedido y partió con dirección a su casa.

Aún no podía olvidar aquel episodio ni explicarse cómo supo la clave de la cerradura del auto. Creyó que la respuesta podía encontrarse en aquel edificio al que no se había animado a entrar. La jaqueca había cedido en parte y supuso que podía avanzar algo de la novela.

Serían las seis de la tarde cuando la doctora Harwitz abrió la puerta, Allan se encontraba dormido. Ella se acercó a la computadora, pulsó una tecla y comenzó a leer.

...Le llamó la atención que aquel escultor se llamara igual que él, y quizás motivado por una vieja historia, entró a la galería.

Las obras eran de una fuerza notable y era indudable que el artista tenía gran técnica y soltura en el manejo del mármol. Entre todas, un rostro de una mujer muy joven de tamaño natural era particularmente intrigante y bello...

—¿Qué te parece? –preguntó Allan, quien se había acercado lentamente sin que ella lo notara.

—Me asustaste. Es interesante, ¿qué parte es la que escribiste vos?

—Lo más interesante es lo que me ocurrió hoy. –Allan relató con detenimiento los hechos a los que la doctora no dio mayor importancia.

—Quizás hayas salido antes con ella y no me quieras decir, o no te acuerdes, puede ser una amnesia temporal por interposición de las dos memorias, y no recordás bien que quien vivió eso fuiste vos.

—No creo, de haber salido con esa mujer, seguramente lo recordaría.

—Yo creo, que no te creo nada. De todos modos, la novela me gusta, espero poder terminar de leerla pronto.

—Bueno, hasta aquí llegamos, estoy pensando cómo debe seguir.

Después de cenar ella se retiró. Allan tomó unos sedantes y quedó profundamente dormido.

Al día siguiente Mackintosh lo llamó para ver cómo se encontraba y él le contó lo sucedido.

—No es tan difícil de explicar, los datos de la esposa del ... difunto, se encontraban en mi despacho, probablemente los hayas visto allí y...hay otra cosa que tenía que preguntarte, pero tengo que verte ya que no quiero hablarlo por teléfono.

—Te veo al mediodía, si querés te paso a buscar.

—No conviene, aquí hay muchos periodistas, aunque para eso, tu asistente se maneja bastante bien.

6

Moral se sentó en una mesa exterior de la confitería que daba al campo de golf. Al cabo de unos minutos llegó Mackintosh con un hierro 5 en la mano y una canasta de pelotas en la otra.

—¿No querés hablar mientras hacemos unos tiros?

—Mejor no, tengo terribles dolores de cabeza, prefiero estar sentado.

—Seguí inyectándote esas cosas y vas a terminar con un tumor cerebral –dijo Mackintosh y luego se arrepintió.– Disculpame, no quise decir eso.

—Está bien, nunca fuiste muy ubicado, no esperaba que lo fueras ahora. ¿Qué me querías decir?

—¿Vos enviaste a alguien a tomar una muestra de Cabrera?

—¿Por qué me lo preguntás?

—Porque está prohibido, porque es peligroso para tu salud si hacés algo, porque alguien vio a tu linda doctora pinchándole la espalda al occiso, y porque en tu oficina vi un frasco de muestras vacío que tenía el nombre de mi paciente y vos estás contándome estas cosas raras. Te lo pregunto nada más que por eso.

—¿El frasco estaba vacío? – Preguntó Allan con preocupación.

—Sabía que estabas haciendo alguna cagada.

—Fue una tontería, no sé por qué le pedí que lo hiciera.

—La tontería sería que lo hubieses usado. Dejalo a Mazzola que se ocupe de la parte policial.

—¿Quién más sabe esto?

—Creo que nadie más.

—Y, ¿el que vio a Laura tomar la muestra?

—Está sentado delante tuyo, pero ahora se va a practicar, en una semana tengo un torneo. –y agregó mientras recogía el balde con pelotas– Cuidate, y llamame si necesitás algo.

Moral esperó en su casa hasta las cinco de la tarde en que se dirigió a su oficina en el hospital, sabía que a esa hora Laura ya se habría retirado. Encendio su computadora y presionó: Abrevaya–implante. De inmediato apareció toda la historia clínica de Abrevaya y la suya personal donde se consignaba todo lo referente a la transferencia y que él conocía muy bien.

—Qué idiota soy, no puedo ser tan paranoico.

Estaba a punto de apagar la máquina cuando nuevamente lo asaltó el recuerdo de aquella habitación, y de una caja pequeña de color azul. No recordaba bien qué significaba pero de alguna forma su contenido lo inquietaba y le producía angustia. Casi sin pensarlo tecleó en la máquina : Cabrera–implante. Esperando encontrar lo referente a la toma de la muestra de Cabrera, pero en su lugar apareció un cartel con la palabra: Password. Esto lo intranquilizó aún más que aquel abrupto recuerdo. ¿Por qué Laura habría incluido una palabra secreta para guardar los datos de la muestra de Cabrera?

Desesperadamente buscó en la heladera el frasco correspondiente y no halló nada. Su corazón latía con rapidez como tratando de escapar de su pecho. Trató de calmarse, apagó la máquina y salió del hospital. Tenía que hablar con Laura.

Al subir a su auto observó la coupé blanca de la doctora Harwitz salir del hospital a toda velocidad. La siguió hasta llegar casi a la zona de la aduana vieja donde en un semáforo ella cruzó con la luz roja y él no pudo seguirla porque otros autos lo obstaculizaban.

Estaba por regresar a su casa cuando repentinamente notó que se encontraba manejando en dirección al departamento al que había ido anteriormente, y se sorprendió al ver estacionado en la puerta la coupé blanca sin nadie en su interior.

Estacionó doblando la esquina y esperó por unos minutos hasta que vio a la doctora salir del edificio. Cuando ella se marchó, dejó pasar unos minutos, descendió y se dirigió a la puerta. Una vez allí marcó casi inconscientemente un número clave en la cerradura de la entrada y la puerta se abrió. Subió al quinto piso y repitió la operación con lo que finalmente estuvo en la habitación que había visto en su sueño.

El ambiente era grande, de unos ocho metros por cinco. En el fondo, un amplio ventanal dejaba ver el río apenas iluminado por la luz del crepúsculo. Encendio una luz, observó una escultura que representaba a una mujer de enormes proporciones sobre una mesa de vidrio, unos sillones de cuero negro, y un oscuro pasillo lateral. Su corazón latía fuertemente y cada vez más rápido. Se secó el sudor de las manos refregándoselas sobre el pantalón y buscó a tientas una perilla de luz. De pronto, un destello en el medio del pasillo lo aterró y quedó paralizado. En cuestión de segundos volvió a ver el mismo reflejo que se acercaba amenazante, finalmente, su

mano apoyada sobre la pared oprimió un botón y el gato se deslizó por entre sus piernas para ir a esconderse debajo de una mesa de luz del living.

—¡Gato hijo de puta! Casi me infarto por tu culpa.

El animal lo miraba desafiante desde su refugio, y corrió rápidamente hasta el ventanal donde en un extremo se encontraba una caja con forma de casa que hacía de guarida del animal.

Allan respiró profundamente y se sentó en uno de los sillones. El corazón comenzaba a desacelerar su ritmo. Se secó nuevamente las manos y observó una biblioteca que había en frente suyo. Detrás de un pequeño florero asomaba una foto donde se podía ver a Mara tomada del brazo de un hombre. Se acercó más, corrió las flores y tomó el marco entre sus manos temblorosas.

Allí vio a Mara tomada del brazo de su esposo a quien había conocido en el hospital.

Continuó recorriendo la casa y entró en un dormitorio, donde también había fotos de Mara con su fallecido esposo. Sin saber muy bien qué buscaba abrió unos cajones y luego revisó los placards sin éxito.

Al entrar a un cuarto donde había un escritorio, le llamó la atención que uno de los cajones se hallaba abierto, se acercó lentamente y revolvió unos papeles. Entonces aparecieron aquellas fotos que lo llenaron de pánico.

—No puede ser– dijo al reconocerse a sí mismo en ellas.

Volvió a sentarse y lentamente su mente fue aclarando las imágenes. En realidad el de la foto era Abrevaya, y no él quien de todas formas reconoció al escritor como si fuera él mismo, ante una primera impresión.

—Entonces no era mi imaginación y Abrevaya y Mara realmente se conocían. –pensó Moral.– Fue ahí que recordó la caja azul, y una nueva descarga de adrenalina recorrió su cuerpo, sentía que debía encontrarla aunque no sabía cuál podía ser su contenido.

Al darse vuelta en dirección a la puerta, vio la silueta de Mara recortada en el marco e instantáneamente sus piernas se aflojaron y se desvaneció.

Cuando recobró el conocimiento, Mara le estaba alcanzando un vaso de agua.

—Tardó menos de lo que yo pensaba en venir. –dijo ella.

—¿Cómo dice?

—Al enterarme que tomaría la memoria de Andrés, supuse que vendría aquí en un momento u otro. Lo que no imaginé es que lo haría tan pronto. Indudablemente usted es muy buen profesional, doctor Moral.

—¿Me podría explicar esto?– Preguntó Allan y bebió lentamente.

—¿No se ha dado cuenta aún? Creo que lo sobrestimé un poco.

—¿Ustedes se conocían?

Mara largó una risa suave y respondió:

—Éramos amantes desde hacía dos años.

—Pero, yo la vi en el hospital cuando su esposo estaba internado...

—Fui al hospital por Andrés y no por mi esposo.

Allan comenzó a sentir un mareo suave, su voz ya se hacía lenta y pastosa.

—¿Tiene en su casa una pequeña caja azul?

—Parece que el doctor recuperó parte de su lucidez. –dijo irónicamente Mara.– Pero no es una pequeña caja, sino una caja de seguridad, y estaba bastante cerca de encontrarla. Vea.–continuó mientras corría un cuadro de la pared y descubría una puerta azul empotrada.

—¿Qué guarda allí dentro?

—El final de sus escritos doctor, y mi seguro de vida.–agregó– Creo que ahora tiene que dormir un poco, si era cierto lo que decía el prospecto de lo que le puse en el agua. –La voz de Mara resonaba como ecos en la cabeza de Moral quien la vio alejarse de él.

Luego sintió un mareo más profundo, trató de levantarse, sus piernas trastabillaron, y agarrándose de las paredes se encaminó hacia el living, detrás de ella. Al llegar, todo se oscureció para él.

7

Al despertar, el dolor de cabeza era realmente insoportable, mayor que el de otras veces. El gato caminaba por delante de sus narices contorsionándose, como burlándose.

Vio a su lado el cuerpo tendido de ella, sobre una mancha roja espesa.

Por la ventana surgían los primeros rayos del alba que le resultaron como aguijones en los ojos. Miró su reloj, eran las seis de la mañana. Trató de recordar qué había sucedido, cerrando los ojos para que la luz no lo irritara. Aún no podía moverse, tan sólo el brazo izquierdo, y un poco el cuello. Esta vez las sensaciones eran diferentes, se sentía afiebrado y débil.

Repentinamente en un pantallazo blanco y negro apareció la imagen de Laura Harwitz, luego, la de Mara saliendo del pasillo en dirección al living, acompañada por dos hombres, de los cuales sólo podía ver sus zapatos. La imagen estaba deformada como si fuera enfocada desde abajo por una lente ovalada.

Luego vio cómo ella caía bruscamente en el suelo, y se tomaba la cabeza de la que brotaba un hilo oscuro. Una mano golpeó violentamente en el cráneo por segunda vez , y arrojó al suelo una barra de acero. Recordó dos voces conversando, le eran familiares aunque no supo reconocerlas con exactitud.

Luego se vio a sí mismo de cuerpo entero, como en una película, arrastrado por uno de los hombres hasta donde se hallaba ahora tirado, el otro le levantó la camisa, y luego se dirigió hacia él, que ahora era el observador, lo tomó entre sus manos por detrás de las patas delanteras y lo levantó hasta la altura de sus ojos.

—No te va a doler gatito.– dijo el doctor Bergson.

—Acá tiene los frascos, respondió el otro.

—Tenelo bien firme.

Recordó el dolor que le produjo el pinchazo en el espinazo y todo el cuadro se ennegreció por completo.

Al despertar persistían en sus retinas las imágenes de unos pececitos brillantes sobre un manto negro. Como pudo se arrastró hacia la ventana. Ahora se podía mover mejor. Al llegar al borde se cruzó al felino que se

introdujo en su cajita. El receptor se acercó y observó los peces de colores pegados sobre el interior oscuro de la caja.

El receptor comprendió entonces su situación a través de lo que habían visto los ojos del gato, que continuaba mirándolo extrañado. Abrió un poco más el ventanal tomando una de las hojas corredizas desde el piso para seguir al animal que salió rápidamente a través de las rejas del balcón francés para posarse en una estrecha cornisa. El receptor supo que en cualquier momento él haría lo mismo, tomó con firmeza uno de los barrotes del balcón e intentó asomar su cabeza a través de ellos sin éxito. Sabía que era cuestión de tiempo y comenzaría a imitar la conducta del animal, como lo habría hecho Cabrera, y al fin caería desde la ventana. Pudo ver la luna reflejada en los ojos del felino que lo miraba unos metros más allá, como examinándolo, como intimándolo a seguirlo en un delicado equilibrio. Entonces volvió a quedar inconsciente.

EPILOGO

El inspector Mazzola exhaló lentamente el humo perfumado y utilizando la boquilla de la pipa a modo de puntero señaló la pantalla de la computadora. La doctora Harwitz señaló unas cadenas espiraladas y explicó:

—Fue al procesar la muestra de Cabrera que noté algo raro en las secuencias de ADN, y era que una de ellas se correspondía con la de un animal. ¿Nota usted la diferencia?

—No, pero le creo, continúe,–dijo Mazzola.– esto es muy interesante.

—Cuando Allan me contó su sueño, conseguí la dirección de Mara del banco de datos del hospital y fui allí a ver si la historia de Allan coincidía con el lugar y si realmente había algún animal con la misma secuencia de ADN, así fue que tomé unos pelos del gato y entonces lo llamé desde mi auto. Me dirigía a la casa del doctor Moral cuando observé el coche del hijo de Abrevaya quien iba acompañado por el profesor Bergson a pocas cuadras del departamento, así que volví y me encontré con el automóvil de Allan estacionado en la esquina, lo llamé nuevamente y me dijo que esperara en el auto, que no saliera de ahí hasta que usted llegara. Una hora después Bergson y el hijo de Abrevaya salieron. El resto ya lo conoce.

—Sí, –continuó Mazzola– Entramos al departamento inmediatamente y dimos orden de detener a Bergson y al hijo de Abrevaya, cosa que sucedió a las pocas horas en el aeropuerto. Ayer confesó Abrevaya. Habían planeado lo del trasplante por el dinero que les daría la novela de Abrevaya padre.

—Pero, ¿la novela no debía escribirla el doctor Moral? –preguntó Harwitz.

—La novela estaba terminada pero no era de Abrevaya, sino de su hijo. El padre la había leído y pensaba que no era muy buena, al tener la seguridad de que éste moriría en la cirugía, Andrés pensó que no habría problema en decir que era de su padre, además el hecho de haberse escrito a través de un implante otorgaba otro rasgo de veracidad, y por qué no, más periodismo.– Aclaró Mazzola, y lanzó otra bocanada de humo.

—¿Y Moral? ¿No pensaban que él podría hablar? –preguntó Laura.

—La decisión era que él se suicidara, de la misma forma que lo hizo el esposo de la mujer de Cabrera, quien era desde hacía años amante de

Abrevaya, suicidio que, como usted me hizo ver mostrando esas cadenitas tan simpáticas en la pantalla, doctora, fue en realidad un homicidio. Todo hubiera quedado caratulado como crimen pasional, y suicidio. Pero entonces aparecería la novela terminada en la casa de Moral.

—Novela de un muerto, terminada por un receptor asesino que se suicida. Hubiera sido un best– seller sin dudas,– dijo Mackintosh– por desgracia, no se terminó.

—Pero, ¿por qué matar a Cabrera? –preguntó Laura.

—Él sabía de la relación de su esposa con Abrevaya, y probablemente temían que sospechara algo. Además fue una buena forma de probar que el implante del gato provocaría la muerte –sentenció Mazzola.– Creo que podemos dar por cerrado el caso.

Laura esperó a que todos se retiraran, y tomó su cartera. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, lo fumó lentamente y luego se dirigió a la puerta, miró a ambos lados y arrojó la colilla para luego aplastarla con sus zapatos de taco alto. Volvió hasta donde estaba su cartera y extrajo un disquette que había sacado de la caja de seguridad de Cabrera y lo introdujo en la computadora.

...Cuando el esposo de Irina llegó a la casa reparó en la cara de mármol que su nieto había traído de Buenos Aires, era tan parecida a la muchacha con la que se había casado que quedó inmóvil contemplándola, tan absorto estaba que no reparó en que su mujer, sentada en el sillón, tenía los ojos enrojecidos y un pañuelo en su mano...

—Son dieciocho cuentos con este, qué pensás hacer? –preguntó Laura.

—Publicarlos,– respondió él– ¿tengo derecho, o no?

—Vas a ganar una fortuna. ¿Sabías?

—Mejor así. Te debo tantas cosas.

—Me conformo con aquella cena.

—Es una promesa, –dijo Allan– pero con una condición.

—¿Cuál?

—Llevá el perro a la casa de tu madre.

Pequeños detalles

El comisario Di Salvo se sentó frente a él, le alcanzó gentilmente un vaso de café que personalmente había servido de una máquina automática que tenía en su despacho, y mientras comenzó con la rutina de cargar su pipa, (a la que él se había ido familiarizando con el correr de las horas), dijo:

—Estuve analizando los hechos y aún hay algunas “cositas” que no me terminan de cerrar. ¿Podría contarme todo desde el principio con todos los detalles que recuerde por mínimos que estos le parezcan? – y agregó– Usted no imagina las cosas que se pueden resolver por...– hizo una pausa y continuó– ...taradeces.

Tomó un sorbo de café. Era lo primero caliente que probaba en casi un día de impaciente espera, y comenzó:

—Eran los primeros días de diciembre. Yo estaba recién llegado de Madrid luego de siete años de ausencia por un trabajo que había finalizado hacía cuatro meses con el consabido sabático. Antes de partir llamé a Laura, con quien desde ese voluntario exilio había mantenido una comunicación epistolar. Le solicité que averiguara si había algún departamento para alquilar en la zona del centro. Aún extrañaba a Buenos Aires cuando me di cuenta que ya estaba aquí.

En el remis que nos trajo desde Ezeiza me contó rápidamente qué había hecho en los últimos años, la separación de su marido, a quien yo conocía, y su actual relación con un hombre casado que, según ella en cualquier momento dejaría a su actual esposa. Problemas económicos, escándalos gubernamentales, y novedades laborales que no escuché, aunque tuve el decoro de mirarla atentamente fingiendo que lo hacía. El viaje había sido muy agotador.

Cuando hizo una pausa que consideré lo suficientemente larga le pregunté por el departamento.

—Te dije que no te preocuparas– me contestó– estoy cuidando la casa de una amiga que ha tenido que ausentarse con su familia debido a la enfermedad de su suegro.

Al parecer, el hombre que vivía en el sur, había tenido un accidente mientras cabalgaba por su estancia en San Martín de Los Andes, el caballo se desbocó y él se había caído golpeándose la cabeza con unos troncos. El hecho es que se hallaba internado en un hospital regional en estado de coma y había que trasladarlo a un centro de mayor complejidad en Bariloche. Según Laura tenían por lo menos para un mes, además ellos deberían administrar la estancia y si el suegro fallecía era probable que se quedaran allá mucho tiempo.

No tenía problemas económicos ya que me habían pagado bien en Madrid pero me angustiaba la idea de llegar y comenzar a buscar departamento, así que acepté la propuesta de ella, sin saber lo que luego me ocurriría.

La casa era una residencia con más de dos mil metros de parque ubicada en pleno San Isidro pero dada la gran cantidad de robos que habían ocurrido en los últimos meses, la familia había decidido pedir a algún conocido que se trasladara en forma permanente para alejar a los posibles ladrones de la misma.

Laura vivía allí desde hacía poco más de una semana, y estaba abocada a la tarea de conseguir personal doméstico ya que ellos se habían llevado hasta la mucama.

Me mostró la casa, en el enorme living colgaba un original de Bacon a un lado del hogar que dividía este salón en dos. En un extremo había una escalera circular y a su lado una escultura que parecía de Henry Moore. Subió y la seguí hasta lo que sería mi dormitorio. Al lado se hallaba la habitación que ocupaba ella, y al fin de un pasillo, la de los dueños de casa. También había un escritorio, y otras habitaciones que fuí conociendo después. Al volver a bajar observé que había una puerta al lado de la cocina que daba a una escalera que iba al sótano, donde estaba la bodega. Recuerdo que pensé que el vino de alguien a quien le gustaba coleccionar obras tan valiosas bien valía ser probado, a lo que me respondió que había tantas botellas que nunca notarían la ausencia de unas pocas. Así fue que esa noche cenamos unas empanadas que ella había preparado acompañadas por un Brunello de Montalchino cosecha 1985 que elegí casi al azar pues había en el sótano tal humedad y un olor penetrante que me impidieron quedarme todo lo que hubiese querido.

Al día siguiente me levanté cerca del mediodía. Abrí la ventana y vi a Laura tomando sol en el borde de la pileta.

—Ya te despertaste– dijo llevándose la mano a la frente– bajá que te tengo preparada una sorpresa.

Al bajar las escaleras me encontré con una muchacha uniformada con un delantal que me dijo: –Buenos días señor, espero que haya tenido un buen viaje y que haya dormido bien, aquí tiene su desayuno.

Yo aún no entendía nada, me senté y bebí de un sorbo el café que me esperaba.

—La tomé hoy temprano– dijo Laura– parece bien educada. Le dije que vos eras el dueño que habías venido de un viaje de negocios, me pareció mejor que decirle que éramos dos “homeless” .

Hablamos de cosas banales durante mi desayuno y nos dirigimos a la pileta.

Promediando el día comencé a envidiar al dueño de casa. Ya había desempacado todas mis cosas y ocupado parte del escritorio con elementos de mi trabajo. Por la noche me sorprendió la mucama avisándome que tenía lista la cena. Laura había salido así que comí sólo y me acosté temprano. Al día siguiente tenía pensado ir a buscar trabajo a un lugar que había arreglado telefónicamente desde Madrid.

Al bajar a la cocina me encontré con un desayuno que sería la envidia de cualquier hotel internacional. Le agradecí a Clarita (así se llamaba la empleada) y me fui a la entrevista.

Salí de la reunión con la sensación de tener un nuevo empleo, les había agradado a los directores, sobre todo a uno de ellos que vivía a escasas cuadras de mi residencia actual (por supuesto que omití las explicaciones acerca de las condiciones en las cuales me encontraba) y convinieron en llamarme al día siguiente.

Ese mismo día al atardecer pasó por la casa el Sr. Umpiérrez, llamó a la puerta y me sorprendió en la piscina. –Gámez, pasaba por aquí y quise darle una buena noticia. Es desde hoy miembro de la empresa, y –agregó– además seremos vecinos, yo vivo a pocas cuadras de aquí.

Yo estaba enmudecido por la noticia y, antes de poder hilvanar un diálogo, Umpiérrez pidió gentilmente disculpas por pasar sin previo aviso y se retiró. Desde el auto agregó: –Lo esperamos mañana a las nueve en su nueva oficina del décimo piso.

Esa noche esperé en vano a Laura para contarle las noticias, pero no apareció, al menos hasta que quedé profundamente dormido.

A la mañana siguiente observé que la puerta del cuarto de Laura estaba cerrada. Mientras desayunaba le dejé una nota pidiéndole que se comunicara conmigo a la oficina.

En el trabajo conocí a Adriana, mi nueva secretaria, y participé de una reunión de directivos donde me presentaron a todos los ejecutivos de la firma. El señor Umpiérrez volvió a disculparse por pasar sin avisar a lo que le respondí que podía hacerlo cuantas veces quisiera, cosa que agradeció ya que no tenía piscina en su casa. En ese momento se unió a la conversación otro de los gerentes y Umpiérrez le comentó que yo vivía en una mansión, en mi situación de recién contratado no pude menos que callar la verdad. Al mediodía recibí el llamado de Laura sorprendida por la noticia y me dijo que pasaría a buscarme por la oficina para festejar las buenas nuevas.

La esperé sentado en un bar en la esquina del trabajo. Adriana me acompañó al tiempo que me explicó el funcionamiento de la empresa. Charlamos por espacio de media hora hasta que una coupé Mercedes Benz roja estacionó casi delante nuestro. No pudimos dejar de mirarla, pero no se podía ver en su interior ya que los vidrios estaban polarizados de un tono muy oscuro. Teníamos la vista aún en ella cuando hizo un guiño de luces y se bajó parcialmente el vidrio del acompañante. No cabía en mi asombro. La mano de Laura asomó parcialmente por el espacio reducido que dejó el vidrio apenas bajado.

—Es para mí– dije a Adriana, aún no sé si con algo de orgullo. Pagué la cuenta y nos retiramos. Le sugerí si quería que la alcanzáramos a algún lado pero no quiso. Subí al auto y me encontré con otra Laura.

—¿Qué te hiciste en el pelo? –pregunté.

—¿No te gusta? –contestó ella.

—Te queda muy bien pero estaba acostumbrado a verte morocha y con el pelo más largo.– Ahora Laura lucía una cabellera rubia y cortada por encima de los hombros.

—Trabajo nuevo, vida nueva –dijo ella y partimos a gran velocidad.

—¿El auto forma parte de la vida nueva?–agregué.

—De alguna forma sí. Es el coche de mi amiga, me pareció conveniente festejar a lo grande esta noticia.

No recuerdo bien a dónde fuimos ya que hacía mucho tiempo que no estaba en Buenos Aires y mientras ella manejaba fuimos hablando de cosas de la oficina. Durante la cena me contó que pasaría unos días en la casa de su novio, y me preguntó si me molestaría hacerme cargo de la casa. En

realidad, yo estaba encantado con ella y no sólo no me opuse sino que dejé de pensar que tenía que buscar un departamento en alquiler en algún momento.

Desde aquel día las visitas de Laura fueron espaciadas, cada dos o tres días me iba a buscar a la salida de la oficina, en el Mercedes y me contaba de sus cosas mientras me llevaba a la casa. Al llegar nos tirábamos en la piscina y habitualmente se quedaba a cenar alguna comida que dejaba preparada Clarita. Alrededor de las once de la noche Laura se retiraba. No recuerdo que ella haya mencionado nunca adónde vivia su novio, ni dónde dormía, pero creo que desde aquella vez ya no pasó ninguna otra noche en la casa. Yo por mi parte, no podía quejarme de las comodidades que tenía. Por la mañana Clarita me esperaba siempre con el desayuno y me trataba realmente como al dueño de casa, en la oficina ya habían empezado a creer que andaba con una millonaria. Nadie podía dejar de notar aquel auto. La última vez que la vi me había dicho que su amiga se iba a demorar casi un mes más en el sur y me agradeció el hecho de que yo ocupara la casa, cosa que me tranquilizó enormemente ya que había generado resistencia hacia el tema del alquiler. Incluso llegué a pensar en convertirme oficialmente en inquilino. Ahí recordé que Laura tenía todas mis cosas ya que se las había enviado a ella para esos menesteres.

Una mañana al llegar a la oficina, Adriana me dijo que había llamado mi amiga con una voz bastante alterada a tal punto que ella llegó a pensar que estaba llorando, no dijo que quería pero le aclaró que me esperaría en la casa , que era urgente hablar conmigo, y agregó algo como – Nos descubrieron – o algo así. En ese momento no podía hacer nada salvo esperar su llamado que llegó a eso de las dos de la tarde. Yo mismo atendí el teléfono ya que esa es la hora del almuerzo de la secretaria. La noté calmada, me dijo que las cosas se habían solucionado y que me quedara tranquilo. Traté en vano que me explicara que quería decir al referirse a “las cosas” así que le pedí que viniera esa noche a hablar con más tranquilidad y me contestó que así lo haría.

Salí del trabajo junto con Umpiérrez quien se ofreció a llevarme, como tenía prisa por ver a Laura acepté. Durante el viaje me preguntó cosas de la oficina, y también algo sobre la misteriosa señora del Mercedes rojo. Al llegar a la puerta vimos tras las rejas de la entrada que el coche estaba allí estacionado con la parte delantera arruinada por un choque.

—Si decide casarse con su amiga nunca le preste el auto –bromeó Umpiérrez.

Bajé del auto y entré en la casa. El choque no parecía tan violento pero había arruinado la parte delantera derecha del mismo. Aún tenía las llaves puestas. No había signos de Laura en toda la casa. Me llamó mucho la atención que su habitación se hallara totalmente vacía, incluso la cama estaba sin hacer con el colchón a la vista.

Entré en la habitación de los dueños de casa y observé lo mismo, en ese momento noté por primera vez que nunca había visto en la casa ni siquiera una foto. Al principio lo atribuí al hecho de que todas las cosas personales deberían estar guardadas en la habitación principal pero ahora por vez primera me encontraba adentro y no había signos de que nadie hubiera habitado allí. Sobre una de las paredes, frente a la cama había una cómoda, me acerqué y abrí el primer cajón de arriba...nada.

Repetí la operación con los otros tres cajones de abajo con igual suerte. En la pared de la izquierda había una puerta abierta que daba a un baño y un vestidor. No sé porqué sentí un escalofrío, lo abrí y tampoco hallé ninguna prenda adentro. Recuerdo haber bajado corriendo a la cocina, abrí las alacenas, vi en dos de ellas metódicamente ordenadas latas de comida, cajas con galletas, todas cerradas como en un estante de supermercado el resto, que eran bastantes más se encontraban vacías.

Salí hacia el jardín y me dirigí al garage. Oprimí el botón de la puerta mecánica, esta se abrió y pude ver lo que temía que ocurriera, el garage estaba completamente vacío salvo unas herramientas tiradas en el piso. No había en los estantes laterales nada salvo unas latas viejas de pintura usadas y maderas viejas.

—¿Herramientas tiradas? –interrumpió el comisario.

—Si, esparcidas por el piso.

—¿Que hizo usted?

—Las levanté y las coloqué en una caja que había en un rincón para poder entrar el auto en el garage.

—¿Y después?

Fui hasta el Mercedes, lo encendí y lo llevé al garage, después me senté en una silla del jardín a pensar. Lamentablemente no preveía lo peor. Recordé las palabras que Laura le había dicho a Adriana, y además su nerviosismo podía estar justificado por el choque del auto. Lo que no me

podía explicar era la ausencia de signos de que la casa hubiese estado habitada.

Esperé en vano hasta la madrugada pero Laura no apareció. Pensé que si hubiera estado mal no habría llevado el auto a la casa, y supuse que estaría en lo de su novio. Llamé en vano al teléfono que ella tenía cuando hablábamos desde Madrid pero me atendió una nueva inquilina que no la conocía.

Al día siguiente mientras desayunaba le pregunté a Clarita si había visto a Laura en alguna oportunidad. Al parecer el único día que la había visto fue cuando se incorporó al trabajo, vino contratada telefónicamente desde una agencia. Apenas si la recordaba. Además me confirmó que desde que ella había comenzado el trabajo, nunca había hecho las camas de las habitaciones ya que se hallaban vacías, y en la agencia le habían dicho que en la casa vivía un hombre solo.

Ese día me confirmaron en la oficina que debía ir a Córdoba por unos contratos. Traté de olvidar todo durante los días que duró el viaje pero no pude. Al llegar todo seguía igual en la casa salvo que no vi más a Clarita. No pude llamar a la agencia ya que no tenía el teléfono. En la cochera continuaba estacionado el Mercedes rojo, y no tenía mensajes en el contestador telefónico.

A la mañana siguiente pregunté a Adriana si había llamado alguien para mí, pero me contestó que no.

Por la tarde llegué cansado de la oficina y recordé que en la bodega había aquellos vinos tan agradables que me harían olvidar por un momento todo aquel embrollo. Fue al bajar que sentí aquel olor a podrido tan intenso, y al encender la luz para ver de dónde provenía comprobé que su cuerpo yacía en el pasillo de la bodega, al final de la escalera, la reconocí por el pelo y el vestido que ya había visto en otra oportunidad, ya que la cara estaba tan hinchada y de color verdoso que me fue imposible de identificar.

Lo que hice entonces, ahora reconozco, fue una estupidez. Mi primera intención fue llamar a la policía, pero mientras estaba sentado frente al teléfono pensando cómo iba a comenzar mi relato tomé conciencia de que mi situación era muy extraña en esa casa donde no conocía a los dueños, y mi única conexión con ellos, que era Laura, estaba muerta en el sótano. Creí que lo mejor era huir, y ordenar mi mente fuera de aquel lugar, así que empaqué mis cosas y cuando comencé a limpiar el poco desorden que había

hecho y estaba lavando las cosas que había tocado llegó el guardia de seguridad. Luego los llamó a ustedes... el resto ya lo saben.

El comisario Di Salvo aspiró varias veces su pipa para avivar el fuego, y cuando se aseguró que había quedado prendida miró fijamente al detenido de una forma cordial y soltó:

—¿Eso es todo?

—Si

—El comisario se levantó apoyándose en la mesa y se encaminó a la puerta. Antes de salir miró a su ayudante y le dijo:

—Fraga, tómele declaración de nuevo al señor.

Fraga se sentó ante él con su café humeante en el vaso de plástico y automáticamente encendió el grabador de bolsillo. –A ver, comencemos de nuevo, todo desde el principio, otra vez– dijo.

—Pero... es la tercera vez que cuento lo mismo.

—A veces pasa, lo atajó Fraga, que aparecen cosas nuevas mientras uno repite la historia otra vez.

Mientras en la habitación la historia se repetía con Fraga como inquisidor, Di Salvo se dirigió a la morgue.

La música despojada del piano salía de algún grabador y retumbaba en la gran sala en penumbras. En la última mesa de acero brillante, iluminada por una única lámpara que colgaba del techo, la figura del doctor Novak se desplazaba como una marioneta suspendida por hilos invisibles de un lado a otro del cuerpo inerte. Hablaba en voz alta y firme para que el grabador registrara sus notas pese a la música.

Di Salvo tomó una gasa que embebió en alcohol antes de transponer la puerta de la sala de necropsias y se la apoyó en la nariz cuando estuvo a escasos metros del forense.

—Que dice doc, cómo le arruinaron la noche.

—A mí no Buby, a ella sí –respondió. Hacía varios años que Novak vivía solo y su único pasatiempo consistía en descifrar los últimos momentos de la vida de las personas que pasaban por su jurisdicción.

—¿Satie?

—Bien comisario, Eric Satie, Gimnopedies número dos.

—Es una música tranquila.

—La adecuada para nuestra dama.

—¿Ya me puede decir algo?

—La bodega estaba muy húmeda y cálida, por eso se ha acelerado el proceso de putrefacción, parece que hubiera fallecido hace un mes, pero estimo que no debe llevar más de una semana de muerta. Se ha caído por las escaleras, tiene una pierna rota y también la muñeca derecha, la causa de muerte fue un traumatismo de cráneo.

—¿Fue un accidente?

—No. La herida es muy profunda para ser debida al golpe de la caída. La golpearon con algo macizo, duro, una maza o un martillo tal vez, por la forma de la fractura del parietal... luego cayó inconsciente, se quebró la mano y la pierna... la fractura de la mano no es la típica de una persona que se cae y trata de contener la caída, ha quedado enganchada... tal vez de la escalera, donde se rompió el vestido.

—¿Qué más le dijo la occisa?

—Me dijo que conocía al agresor, ya que no hay signos de violencia ni lesiones de defensa. Además está maquillada y vestida como para una ocasión especial, y por lo que vi de la casa, no hubo robos ni señales de lucha.

—Podrían haberlo arreglado doc, usted dice que pasó al menos una semana.

—No, investigamos para manchas de sangre y no hay en toda la casa, ni en el piso ni en las paredes. Salvo que hayan cambiado las baldosas y pintado toda la casa. –Novak hizo una pausa, levantó la vista al comisario por primera vez y dijo en tono burlón:

—Buby que hace con esa gasa en la cara, sáquesela, por favor, parece un practicante.

—Doc, yo estoy acostumbrado, no tanto como usted, pero ésta tiene un olor muy feo.

—Es el olor de la naturaleza. A mí me da asco si en un subte hay alguien con olor a transpiración, eso sí es desagradable porque es olor de mugriento, pero la putrefacción...

El comisario comenzó a alejarse.

—...es la nueva vida después de la muerte, procesos fermentativos, bacterianos...

—Cuando ella le diga quién es el asesino, llámeme.

—Déme tiempo, ella me lo va a decir, todo a su tiempo.

—Chau –dijo Di Salvo desde la puerta.

—¿Tiene algún sospechoso bajo y zurdo? Preguntó Novak mientras introducía su índice en el cráneo del cadáver.

—Todavía no sé doc, ¿Por qué?

—Por el ángulo del golpe. No sé, déme un tiempo, quizás el homicida estaba subiendo las escaleras detrás de ella... y por eso el ángulo es así...llámeme mañana Buby.

Siempre que salía de la morgue, el comisario sentía una confortable sensación, sabía que su trabajo era una mierda, pero por lo menos él podía hablar con los sospechosos, prefería el olor a transpiración de ellos al de los cadáveres en descomposición, y además, podía hacerlos bañar si lo deseaba. Lo único que no podía era lograr que los sospechosos le dijesen la verdad, cosa que sí conseguía habitualmente el doctor Novak.

Al llegar a la seccional, el principal Fraga había terminado de transcribir la tercera declaración del señor Gámez. Di Salvo tomó las hojas escritas a máquina y se metió en su oficina. Se sentó en un sillón, se quitó los zapatos y las medias, y mientras leía apretaba los pelos de la alfombra con los dedos de los pies, una costumbre que lo tranquilizaba y según su propia experiencia, lo ayudaba a pensar.

El teléfono lo despertó al cabo de tres horas de sueño. Era el licenciado Juarez, de criminalística, para informarle la identidad de la occisa.

El comisario llamó a Fraga y juntos fueron a ver al sospechoso. En el pasillo le preguntó:

—¿Qué averiguó Fraga?

—Lo del trabajo es verdad, hablé con los gerentes. Uno de ellos y la secretaria me dijeron que lo vieron con la señora, parece que lo venía a buscar seguido...hizo una pausa y preguntó: ¿Habló con los de criminalística?

—Sí.

—Bueno, ella también había estado en España hacía unos meses. Creemos que se conocieron allá y... ¿Ya habló con el juez?

—Todavía no. Qué desgracia, lo conozco hace muchos años.

—¿Qué piensa Fraga?

—El tipo la mató, se rajó a Córdoba y quizás se olvidó de algo y tuvo que volver. Lo que él no pensó era que el guardia de seguridad de la cuadra iba a sospechar porque hacía días que no la veía a ella y se metió a investigar cuando él volvió. Todos piensan lo mismo, hay huellas de él por toda la casa, hay muchos testigos que lo vieron con ella.

—¿Encontraron el arma homicida?

—Todavía no.

—Busquen en el garage. Debe haber un martillo por ahí, busquen huellas digitales.

—Bien, le digo a los muchachos –respondió Fraga– ¿Todavía no se convence comisario?

—Quiero asegurarme que no queden cabos sueltos, que después no aparezca nada que me haga quedar mal parado. ¿Y esa Laura?

—Nadie la conoce.

La figura del principal contrastaba totalmente con la del inspector, éste era bajo y gordo, con una incipiente calvicie en la región occipital. Fraga le llevaba una cabeza de altura desde donde brotaba un cabello negro que nacía a escasos centímetros de las indivisibles cejas. El comisario siempre había considerado que la cantidad de cabello tenía una relación indirectamente proporcional a la inteligencia del portador, pero secretamente envidiaba la vitalidad del pelo de Fraga.

Esperaron sentados en la sala de interrogatorio hasta que trajeron al sospechoso, Cuando éste llegó, el comisario tomó la palabra.

—¿Usted piensa que en departamento de policía somos todos estúpidos?

—No comisario, ¿Por qué me dice eso?

Di Salvo miró a su ayudante y le dijo:

—El tipo es muy vivo, piensa que no vamos a identificar a la muerta, que no vamos a investigar nada, entonces el tipo se va a pudrir en una jaula por el resto de su vida.

—¿Por qué me dice eso? Yo le dije la verdad.

—Todos dicen lo mismo Fraga, si no cuéntele cuántos años le dieron al gangoso, aquel que mató a la amante.

—Catorce comisario –dijo Fraga de memoria.

—¿Ya ve? De nada le vale mentir, igual se va a pudrir en la cárcel –agregó Di Salvo mientras Fraga asentía con la cabeza.

—Pero yo le juro que no maté a nadie. Me asusté nada más, por eso me quise escapar.

—Mire –dijo el comisario levantándose– Fraga , por favor, déjeme un rato solo con el señor.

Una vez que Fraga se retiró, Di Salvo se acercó al detenido y le dijo en tono confidencial.

—Usted no me parece un asesino, más bien me parece un boludo, déme algo para que lo pueda ayudar. ¿Sabe dónde está su amiga?

—Pero comisario, está muerta. Si yo la vi en la bodega.

—Esa no es su amiga, se vestía como su amiga, o más bien su amiga se vestía como ella, y le usaba el auto. La muerta es la mujer del dueño de casa, lo había dejado hacía unos meses.

—Pero si ahí no vivía nadie.

—Claro porque él se había mudado hacía un tiempo a un departamento en el centro y ella se fue a la casa de unos familiares a España.

—Entonces deben encontrar a mi amiga, ella les podrá explicar...

—Su amiga no existe. El teléfono que nos dio es de un departamento donde hace tiempo que vive otra gente. El dueño lo alquilaba antes pero no tiene los datos de dónde está ahora su famosa Laura.

—Y ¿La mucama?

—¿Sabe cuántas agencias de mucamas hay? Yo le pido que piense si hay algo que no nos dijo.

—Pero le dije todo lo que sé.

—Hay algo que debe saber. La mujer que todos creen que usted asesinó era la esposa del juez en lo criminal de San Isidro. Si no me dice algo más que me pueda servir, usted se va a pudrir en la cárcel.

Di Salvo se volvió a sentar y encendió su pipa. El olor a Bjorkum Riff iba inundando la pequeña habitación, era un olor dulzón, como de chocolate recién hervido, muy diferente al de la sala de necropsias. El comisario miró al detenido esperando que éste se quebrara y se contradijera en algo para terminar su labor, sabía que tarde o temprano llegaría el momento, mientras esperaba releyó la declaración que había tomado Fraga.

—¿No sabe dónde puede estar su amiga?

—No tengo idea, desapareció hace una semana, ya le dije que estaba nerviosa la última vez que me habló a la oficina.

—Si al menos alguien la hubiera visto. Su secretaria por ejemplo.

—No, nunca subía siempre me esperaba abajo en el auto. ¿No pueden buscarla por televisión?

—Habría que hacer un identikit.

—Pero...si yo tengo su foto.

—¿Qué? –Di Salvo se levantó de un salto– ¿Dónde está?

—Un día cuando recién llegué tomé unos cigarrillos de su cartera vi una foto donde estaba ella, en ese momento pensé que era la única amiga que

tenía y me pareció una buena idea tener una foto suya. Debe estar en mi bolso, con mis cosas, lo tienen los oficiales que me detuvieron.

—Bien, por fin se acordó de algo importante. Ahora vuelvo. –El comisario salió velozmente resoplando humo por la boca hasta donde estaban las pertenencias de Gámez.

Tiró todo sobre una mesa y revolvió varias veces hasta que apareció una foto vieja donde había una mujer morocha al lado de un hombre canoso.

—Comisario, iba a llamar al Juez para avisarle. Se escuchó la voz de Fraga desde la puerta de la habitación

Di Salvo tomó la fotografía y la guardó en el bolsillo interno de su saco.

—Deje Fraga, voy a avisarle personalmente. Nos conocemos hace tiempo.

—Bueno. No lo envidio para nada.

—Hasta luego Fraga. Y Téngalo aislado al sospechoso.

—Está bien. Lo veo mañana jefe.

El Comisario subió a su VolksWagen Beetle modelo 65 y se dirigió a la casa del juez. Estacionó en la calle sobre Quintana casi llegando a Rodríguez Peña y demoró unos minutos antes de bajar para ordenar su cabeza.

El edificio era antiguo con un ascensor enrejado, y placas de loza que marcaban los números de los pisos.

—Ya no hacen más cosas así, –pensó el comisario. Además pensó cuántas boludeces podría uno mirar para demorar hacer algo que no quería.

Di Salvo tocó el timbre brevemente y el mismo Juez le abrió la puerta.

—Hola Buby –dijo el juez y lo abrazó,– Gracias, no tenías porqué venir.

—¿Te avisaron?

—Llamó Juárez de criminalística, hace unas horas.

—Te quería hablar personalmente.

El comisario entró y se dirigieron al living donde el juez sirvió dos whiskies. Di Salvo encendió su pipa y se hundió en el sillón Chesterfield de cuero negro. El juez se sentó frente a él, lucía agobiado, intercambiaron miradas y luego habló lentamente.

—Tienen a un sospechoso. ¿Creen que es el culpable?

—De eso te quería hablar. Contó una historia muy rara.

—¿Es creíble?

—Todos lo quieren colgar mañana.

—Y. ¿Entonces cuál es el problema? –dijo el juez mientras le alcanzó un sobre. El comisario Di salvo lo abrió y observó fotos donde se veía al señor Gámez cenando con una persona rubia, en otra subiendo al mercedes rojo donde se veía a la misma rubia sentada adentro, las fotos era muy borrosas, tomadas con teleobjetivo desde muy lejos. No se distinguían muy bien los rostros.

—¿Qué son estas fotos? –preguntó el comisario.

—Pagué a un detective para que la siga desde hace unas semanas. Pensé que te podían servir para identificar al sospechoso.

El comisario tomó las fotos, las analizó por unos minutos y las arrojó sobre una mesa de vidrio. El juez lo miró sorprendido.

—Tendrás que entregar los negativos, ya que no se ven bien los rostros, Si es así y amplían las imágenes podrían darse cuenta de que la mujer rubia no es tu esposa. Yo también tengo una foto que es más interesante. –dijo metiendo su mano en el bolsillo del saco. El juez la tomó en sus manos. Su cara se transformó cuando se vio retratado junto a una mujer morocha unos veinte años menor.

—¿De dónde salió esto? –gritó el Juez.

Di Salvo escuchó el chasquido del parquet detrás de un biombo que separaba el living del comedor, miró a su viejo amigo y habló con voz grave.

—Podés decirle a Laura que salga.

La mujer de pelo oscuro apareció y se sentó en el apoyabrazos del sillón donde estaba sentado el juez

—El detenido le robó la foto de la cartera. Ahora hay que ver qué dice cuando vea tu foto en los diarios y se dé cuenta que su amiga andaba de novia con el viudo.

El Juez apuró de un trago el resto del whisky que le quedaba en el vaso. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación con el vaso en una mano y la foto en la otra.

—Bueno comisario. Pequeños detalles. ¿Yo le enseñé eso verdad?

—Sí. Hace varios años.

—¿Qué vas a hacer?

El comisario exhaló lentamente el humo achocolatado, no sabía muy bien porqué fumaba pero el olor y el humo le ayudaban a no comprometerse tanto con las personas. Generaba una cortina brumosa donde se borraban

los límites entre lo bueno, lo malo, lo justo y lo injusto. Se levantó y fue hacia la puerta. Al llegar miró al juez y dijo:

—Voy a hablar con el pelado Tévez, creo que lo va a convencer al tipo de que se suicide esta noche. No te levantes, yo puedo abrir solo. –Luego se retiró.

Apretó el botón de la planta baja y miró cada una de las losas que marcaban los pisos 3,2,1... Ya no los hacen iguales pensó. Al llegar a la planta baja observó que su pipa no humeaba. Vació lentamente el tabaco en un cesto y la llenó nuevamente con Bjorkum Riff que llevaba en una bolsa de cuero que la esposa del juez le había regalado para su pasado cumpleaños. Mientras encendió la pipa con su mano izquierda recordó lo que ella le había dicho al doctor Novak mientras estaba acostada en la mesa de metal.

Exhaló varias veces hasta generar una cortina de humo dulzón y salió del edificio.

La otra puerta

Cuando salió rumbo al trabajo, no sabía que aquel día tendría tanta importancia en su vida.

De pronto, inesperadamente, se encontró nuevamente con ella. Inicialmente la reconoció por el anillo de compromiso que él le había regalado cinco años atrás. De alguna manera eso lo alegró. Él a su vez aún conservaba el suyo en su mano izquierda.

Pese al tiempo que había transcurrido, no había logrado olvidarla. Se habían jurado amor eterno, promesa que sólo él había cumplido.

Pasaron por su mente aquellos días en que vivían juntos y una sonrisa nostálgica se dibujó en su rostro. Por un momento sus ojos recobraron una alegría ya perdida en los recuerdos, y se tuvo que contener para no hablarle.

Luego recordó cuando ella le había dicho que se marcharía. No le fue difícil ya que eso aún era una herida que no había cerrado. Pensó que estaría con otro, que no la merecía como él, y como pudo trató de rehacer su vida, tarea que después supo , era imposible sin ella. En varias oportunidades pensó que su vida no tenía sentido, sólo lo alimentaba la esperanza de volver a verla algún día, y ese día finalmente había llegado. Ahora era su oportunidad de cambiar la historia.

El cabello negro contrastaba con el tono pálido de su cuerpo desnudo, y ese vello ensortijado que le había hecho volar interminables noches había perdido aquella magia pasada.

Buscó en la mirada vacía de ella alguna respuesta a todo su sufrimiento y sintió deseos de besarla como en tantos sueños durante tanto tiempo. Contempló sus senos firmes mientras el recuerdo del pasado corroía sus sentimientos, finalmente se besó el dedo índice y lo posó lentamente en sus labios cerrados.

Se quitó el anillo, tomó la mano de la durmiente, y lo abandonó allí suavemente.

Apenas la tocó y ella se desplazó lentamente. Luego él cerró la pequeña puerta metálica.

Aquel día, sin saberlo, al dejar su guardia en la morgue judicial, el doctor Novak había cerrado también otra puerta.

Viaje al origen del Universo

Is all that we see or seem
But a dream within a dream?[4]

EDGAR ALLAN POE

—Deberíamos situar en perspectiva a la historia del hombre. –continuó su discurso el profesor Leakey.– Si documentáramos la existencia de la tierra, día por día, año tras año, desde su nacimiento como parte del sistema solar hace unos cuatro mil quinientos millones de años, en un solo volumen de un millar justo de páginas, cada una de ellas cubriría cuatro millones y medio de años. Casi la primera cuarta parte del libro se dedicarían a escribir cómo se crearon las condiciones que hicieron propicias la aparición de la vida. La vida en los mares bajo formas familiares para nosotros tendría que esperar a que hayamos recorrido las tres cuartas partes del libro. Y las primeras criaturas terrestres, descendientes de los peces aparecen treinta páginas después, es decir hace unos trescientos cincuenta millones de años. Uno de los períodos más exóticos, y desde luego más impresionante de la historia de la tierra, la edad de los dinosaurios, ocuparía unas treinta páginas, y describiría el período transcurrido entre doscientos veinticinco millones y setenta millones de años antes de la época presente, cuando bruscamente desaparecieron para ser reemplazados por los mamíferos. Fue en ese momento, hace setenta millones de años cuando aparecieron los primeros primates. El más lejano de los antepasados del hombre aparece unas tres páginas antes de finalizar el libro, hace unos doce millones de años, y poniendo a prueba todas nuestras facultades de comprensión literaria hasta un grado extremo, todo el nacimiento de los seres humanos habría que comprimirlo en la última línea del libro, –el profesor hizo una pausa en su disertación, y tras mirar a su audiencia unos segundos agregó,– y las pinturas rupestres, el renacimiento, la revolución industrial, el

nacimiento de los viajes espaciales y todo lo que constituye nuestra historia reciente estaría reducido al espacio ocupado por la última palabra.

Con esas palabras, el profesor dio por terminada su conferencia, se escucharon como siempre los aplausos de sus alumnos y las preguntas de rigor.

—Profesor ¿Qué lugar le adjudica a Dios en todo este proceso? –La pregunta surgió de la oscuridad de las gradas centrales.

—Mire, soy un científico. Lo que no necesariamente me convierte en un ateo, pero creo que si en alguna parte debemos colocar a Dios, no es en este proceso.

—¿Usted cree que todo el universo se originó de la nada, sin ninguna intervención divina? Insistió la misma voz.

—No es el tema de la conferencia el origen del universo, sólo la evolución del hombre. Pero ya que insiste le diré algo para tratar de poner fin a este debate que nos llevaría muchas horas de discusión y nunca llegaríamos a ponernos de acuerdo. La cuestión de la existencia de Dios es una cuestión amplia y seria, y si yo intentase tratarla aquí de modo adecuado tendría que retenerles aquí hasta el día del juicio, por lo cual pido disculpas por tener que ser breve. –El profesor sabía que con esa introducción que causó algunas risas de conformidad, se había ganado a la totalidad de los que pensaban como él y a más de la mitad de los que no. Y prosiguió– Saben que la iglesia católica ha declarado dogma que la existencia de Dios puede ser probada por la razón sin ayuda. Equívoco en el que han caído también algunos filósofos muy reconocidos. –continuó en obvia alusión a Descartes– Esto constituye un dogma algo curioso, pero lo es. Los argumentos que esgrimen son varios, por lo que sólo enumeraré algunos: el argumento del plan, el de la ley natural, el del remedio de la injusticia, los argumentos morales de la deidad, y tal vez el más importante, el de la primera causa.

Este dice que todo cuanto ocurre en el mundo debe tener una causa, y que al ir profundizando en ellas nos hallamos en presencia de la idea de Dios... pero, si todo debe tener una causa, entonces Dios debe tener una, y si puede haber algo sin causa, igual puede ser el universo, que Dios.

Leibnitz en el siglo XVII ya se planteó ¿Por qué debe haber algo, y no más bien nada? Para responder a esa pregunta, postuló su Principio de la razón suficiente, que dice que “para cualquier cosa que exista, debe haber una razón para que exista, y una razón para que exista como lo hace”. En la

cadena de explicaciones se puede desembocar en un ser necesario, que no podría no existir, o sea Dios, y este último fundamentaría el sentido de todo lo que existe, o bien, que cada estado de ser se explique por otro, y de esta forma, la postergación del significado ad infinitum genera un absurdo. Con esta última postura observamos que todo nuestro existir es un absurdo. Ahora bien, como la mente humana no puede aceptar la idea de un absurdo total, Leibnitz asevera que debe haber un Dios que otorga sentido a toda la historia del ser. Sin él, la vida sería demasiado horrible para soportarla.

Como vemos, la necesidad de la idea de Dios parte de nosotros mismos.

Diciendo esto, el profesor se marchó por la puerta trasera del anfiteatro.

Estaba guardando sus cosas en el armario de la sala de docentes cuando escuchó a sus espaldas la misma voz que hiciera aquellas preguntas.

—Dista mucho de aquello: “así fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su cortejo, y descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera”.

Leakey se dio vuelta y observó al Dr. Ross, que lo miraba con una sonrisa en los labios.

—Un día, o un millón de ellos, el resultado es el mismo. No hay forma de saberlo.

—Y si yo le dijera que sí.

—No sabía que a su departamento le interesaran temas religiosos.

—Religiosos no, por el momento sólo nos dedicamos a explorar la teletransportación, pero lo necesito para este experimento, y creo que le será útil a usted también.

—Continúe. –dijo Leakey intrigado– Acompáñeme a mi oficina, ahí podremos conversar con más comodidad.

Los dos hombres caminaron por el oscuro pasillo de la universidad hasta la oficina de Leakey. Este no conocía de Ross sólo su fama de extravagante investigador y sus innegables logros en la mecánica cuántica.

—Usted sabe que hemos logrado teletransportar átomos desde hace algún tiempo atrás.– dijo Ross acomodándose en un sillón donde su obesa figura comenzó a hundirse.

—Sí, aunque le confieso que no sé nada del procedimiento, ni del uso que pueda tener.

—El objeto de mis investigaciones siempre ha tenido un único fin, y ya lo he logrado. El viaje a través del espacio era sólo una parte, primera de los objetivos a lograr, pero el gran objetivo final, que persigo desde hace años

es otro y mucho más ambicioso. –Ross hizo una pausa para encender su pipa y continuó– El viaje a través del tiempo.

—Me extraña que haya venido hasta aquí para burlarse de mí. Por supuesto que no espera que le crea...

—No, a decir verdad reaccionó usted como creía. Su escepticismo no deja lugar a sorpresas. Pero no se preocupe, eso es justamente lo que necesito.

—Y, ¿en qué puedo ayudarlo entonces?

—La máquina para viajar en el tiempo es una realidad, es un proyecto que se ha mantenido paralelamente al de la teletransportación y con ese motivo he desviado fondos de la universidad y del gobierno. En realidad la teletransportación ya estaba terminada hacía dos años, hemos demorado su lanzamiento para terminar este proyecto.

—Sigo sin entender para qué me necesita.

—Usted como especialista en arqueología y paleontología, me debe ayudar a situar con precisión los momentos históricos a los que nos dirigiremos con la máquina, ya que para evitar toda paradoja del tiempo, deberemos ir hacia atrás por lo menos en diez mil años.

Ross decía todo su discurso con tal naturalidad que Leakey sólo tenía dos opciones, o lo tomaba por loco y le seguía la corriente, o le creía por completo con lo cual los locos serían ambos, por lo que optó por la primera.

—Este descubrimiento que usted ha hecho es ciertamente fantástico, pero ya que hemos tocado un tema por demás interesante hoy, para qué detenernos con un viaje a determinado lugar del pasado y ver si lo que la arqueología y la paleontología nos han develado es cierto o no. Le propongo algo mucho más extraordinario.

Ross lo escuchaba atentamente. Se acomodó nuevamente en el sillón y desabrochó los botones de su chaleco. – Prosiga, – dijo.

—Trasládeme con su máquina al inicio del universo, antes del Big Bang.

—¿Con qué objeto?

—El que usted me planteó hace unos minutos. Quiero ver a Dios trabajar.

—Fascinante... si... es fascinante, nunca se me hubiera ocurrido tal cosa, ciertamente sería una revelación fantástica que echaría por tierra una serie de teorías...pero no estoy seguro de que pudiera ocurrir...

—Vamos Ross, no se eche atrás.– Leakey sentía que tenía el dominio de la situación, o la locura mayor.– Estoy muy interesado en su proyecto.

—Profesor, lo espero mañana a primera hora en el centro de teletransportación.

—No sé a dónde es.

—Bien, –dijo Ross– muy poca gente lo sabe, es por precaución. Tómeme de la mano y le mostraré.

—Leakey tomó la mano derecha del doctor y observó como éste, giró una perilla de un extraño cinto plateado con su mano izquierda.

—Prepárese profesor, la primera vez puede darle un ligero mareo. –Luego de decir esto, ambos hombres se desvanecieron.

***

—Vamos profesor, puede soltarme. Ya llegamos. –Dijo el doctor mientras intentaba zafar su mano de los dedos de Leakey.

—¿Qué fue lo que pasó? –balbuceó Leakey tembloroso.

—Lo que estábamos hablando, una breve muestra de teletransportación desde su oficina a la mía, digamos unos trescientos metros. ¿Qué le pareció?.

—Es impresionante. –dijo Leakey a medida que recorría con la mirada el laboratorio del Dr. Ross.

Sobre una mesa de vidrio observó que había tres cintos más como el que llevaba éste en su cintura. En un extremo del enorme recinto, carente de ventanas, había una serie de paredes de casi dos metros de alto y varias pulgadas de espesor colocadas una detrás de la otra y rejas metálicas.

—¿Puede explicarme cómo lo hizo?

—Por el momento debe saber que pudo hacerlo. Lo más que le diré es que fue gracias a este pequeño cinturón que llevo puesto. El resto, –Ross hizo una pausa para extraer su pipa del bolsillo interno del saco– créame que no es por menospreciar su inteligencia, pero no lo entendería.

—Pero yo no llevaba puesto nada.

—Es cierto, pero le tomé la mano, y al presionar aquí, –Ross señaló el botón del cinto– hice que los electrones de nuestros cuerpos se dispersen sólo levemente de sus órbitas, digamos un nivel, y, por una señal que tengo cargada aquí con las coordenadas temporoespaciales de mi laboratorio les ordené que se reagruparan aquí. Usted no sabe lo rápido que es capaz de

viajar un electrón. A decir verdad, hace tiempo que no utilizo el auto. Al menos para venir a mi trabajo.

—Déjeme decirle que al principio pensé que se estaba burlando de mí pero ahora lo estoy tomando más seriamente.

—Con respecto a su viaje, le diré que es posible trasladarse en el tiempo, pero con algunas particularidades. Sólo es posible ir hacia atrás, y al volver no se puede sobrepasar lo que para nosotros es hoy. Vale decir que no nos es viable ir al futuro puesto que aún no existe. Mientras que el pasado persiste como energías en otro espacio–tiempo. Podemos ir allí pero no corporizarnos allí, sólo estaremos como una suspensión eléctrica, un grupo de electrones vibrando en el espacio tiempo.

—¿Pero cómo me entero de lo que pasa allí?

—Con los repetidos viajes notará que pese a desmaterializarse momentáneamente, puede tener conciencia y recordar lo que ha visto. Sígame.

El doctor colocó a Leakey delante de la primera de las paredes, le dio un cinto, y le pidió que se lo colocara. Luego le indicó que presionara el botón derecho. El profesor se desvaneció nuevamente para corporizarse en el otro extremo de la habitación.

—Cuénteme lo que vio. –dijo el científico.

—No vi nada, creo que voy a vomitar...

—Vamos profesor, no esperaba que se comportara así, le voy a ayudar. No recuerda una figura redondeada.

—Espere, creo que sí, una figura como una esfera brillante... como ... el sol. Un triángulo rojo, y recuerdo también un ... animal, un perro negro.

—Excelente profesor, sígame.

Ambos se dirigieron hacia atrás hasta la primera pared, en su parte trasera había una lámina con un sol de un amarillo rutilante, detrás de la segunda, una pirámide color ocre, y detrás de la tercera la foto de una perra Dóberman negra.

—Hermoso animal, ¿no le parece?. La tengo hace cuatro años. Se llama Frika. –dijo Ross con gesto de satisfacción– No le dije que podía ver. Aunque sus ojos no sean más que millones de átomos desmembrados por el espacio, conservan un código, y cumplen su función. De la misma forma podremos comunicarnos, telepáticamente, cuando estemos allí.

—¿Adónde?

—Donde usted quería que lo llevara. Al principio del universo. –Ross comenzó a reír.

—Pero no podríamos respirar, digo, no habría atmósfera...

—Profesor, sé que usted no es médico, pero sabe que los átomos no respiran, ni tampoco lo hacen sus electrones. Anímese, ¿qué puede perder?

Leakey no podía pensar con claridad. Sus manos temblaban como hojas de un árbol a punto de caer.

—Está bien, –dijo Leakey asintiendo con la cabeza como para reafirmar su decisión– y ¿cuándo le parece a usted que sería apropiado que lo hiciéramos?

—Por mí estaría bien ahora, no sé para usted, si desea consultar algo antes de emprender nuestra pequeña travesía, fechas, acontecimientos, algo que pueda sernos de utilidad.

—Las dataciones son muy imprecisas, puede haber errores de cálculos de hasta millones de años. Nadie tiene certeza absoluta de ello.

—No importa, tomemos la datación más antigua, igual, –Ross volvió a reírse– ¿Qué podemos perder? Lo único que lamentaré es no poder llevar mi pipa, me estaba empezando a familiarizar con ella. Bueno profesor, dígame una fecha para programar mi temporotransportador.

—Veinte...veinte mil millones de años. –Dijo Leakey titubeando. ¿Está seguro de lo que va a hacer?

—Lo peor que puede pasar es que no funcione, en ese caso nos encontraremos en el mismo lugar que estamos pero unos dos minutos más adelante en el tiempo.

—¿No dijo que no se podía viajar al futuro?

—Sí, pero ese es el tiempo que demandará nuestro experimento. Ahora aguarde en silencio un momento, esto es muy importante.

Ross tomó de la mesa de vidrio dos cintos plateados y rotó unas perillas en ambos sentidos. Leakey lo miraba atónito. De pronto notó que su cabeza retumbaba a cada latido de su corazón.

—Por Dios, espero no tener un infarto justo ahora. –Murmuró en voz baja.

—¿Me llamaba? –Dijo Ross sin dejar de trabajar sobre los cintos.

—No es que tengo taquicardia.

—Ah, profesor, no me extraña, con la especialidad que tiene, explorando toda su vida cosas que ocurrieron hace miles de millones de años, ahora es tan impaciente... a ver...ya está listo. Tome –dijo entregándole uno de los

cinturones– póngase este. Se ajusta con esta hebilla, por favor no mueva ninguno de los botones ni rote las manecillas, podríamos aparecer en lugares totalmente diferentes. Una vez allá nos comunicaremos telepáticamente, no se preocupe, será como si habláramos normalmente.

—Disculpe doctor, ¿Alguna vez realizó este tipo de viajes?

—Profesor, piensa que sería tan torpe de probar esto con usted por primera vez, arriesgándome a quedar mal después de todas las conferencias tan brillantes que le he escuchado decir, y de lo que podría decir de mí en adelante.

—De todas formas, lo de la tele...transportación es muy interesante, y es un hecho. Los experimentos más brillantes pueden fallar en sus comienzos sin que por eso...

—Tonterías. –Interrumpió Ross– ¿Está listo?

—Sí.

—Entonces presione ese botón –Dijo Ross señalando uno igual que había en su cintura –ahora.

***

—Doctor, me puede oír.

—Claro que sí, estoy al lado suyo, o mejor dicho estamos al lado de nosotros mismos, en dispersión. ¿Observa algo?

—Ahí delante nuestro...esos puntos brillantes.

—Son estrellas. Vea cómo se van aproximando hacia un sector, allí es donde todo comenzó.

—Y...¿Cuál es nuestro sistema solar?

—Algunas de las estrellas que había aquí cerca nuestro, era nuestro sol, los planetas eran demasiado pequeños para que pudiéramos observarlos. Teniendo en cuenta la velocidad a la que nos trasladamos, y siguiendo una perspectiva con su charla en la universidad, ya debe de haber desaparecido, o, mejor dicho, aún no ha aparecido en el universo.

Leakey observaba en silencio la infinidad de estrellas moviéndose atraídas por un gigante imán hacia una zona del espacio incandescente en un extremo de aquel mar de negro misterio. –Se veía tan frágil, tan

delicado, que si lo pudiera tocar con un dedo se desmenuzaría y caería hecho pedazos. –Pensó.

—Aquel es el Big Bang. –insinuó Leakey.

—Faltan aún algunos miles de millones de años profesor, tenga calma

***

El tiempo se consumía rápidamente sin dar margen para expresar el asombro. El Profesor contuvo su aliento, pero algo faltaba, se sentía extrañamente vacío. Aquí estaba un espectáculo tremendamente visual, pero visto en silencio. No había un gran acompañamiento musical; ninguna sinfonía ni sonata inspirada. Leakey observaba los millones de caravanas estelares fundirse en un punto cada vez mayor, hasta que el punto fue lo único que se alcanzaba a ver. Luego éste se hizo más pequeño, y luego más hasta que finalmente quedó sólo la llama de una insignificante lumbre y por fin esta última desapareció también, y la oscuridad dominó todo.

Ver esto tiene que cambiar a un hombre– pensó– tiene que hacer al hombre apreciar la creación.

***

—Doctor, ¿Aún sigue allí?

—Aquí mismo.

—¿Qué ocurrió?

—Lo que usted esperaba, ahora se detiene nuestro viaje, ya que no hay un antes puesto que no hay un principio.

—Entonces estaba en lo cierto, no hay nada en absoluto, ni siquiera un átomo, por lo que el universo debe haberse originado de la nada.

—¿Es una afirmación, o una hipótesis?

—No hay lugar para hipótesis doctor. Si usted ve alguna cosa dígamelo. Estaba seguro que no existía nada, y que nadie inició nada.

—¿Está usted seguro profesor, no debería constatar más su descubrimiento antes de emitir un juicio tan importante como ese?

—La negrura es tal que se podría ver hasta la luz de un fósforo. No hay planetas, estrellas, sonidos, no hay tiempo por lo que usted mismo explicó. –La voz de Leakey sonaba cada vez más parecida a la que utilizaba en las acaloradas discusiones científicas cuando sabía que las cosas le daban la razón. Entonces agregó– Tampoco veo a Dios trabajar.

El doctor volvió a repetir las mismas palabras.

—¿Está usted seguro profesor? Piense que al menos estamos nosotros.

—Bueno, pero nosotros somos observadores dentro del experimento, no podía tenernos en cuenta.

—Siendo que no hay nada, dos observadores pueden alterar mucho los resultados, ¿no cree?

—Al menos estamos seguros de que ninguno de nosotros es Dios. Y aunque él no haya sido omnipresente y se hubiese originado de la nada para crear el universo, deberíamos encontrarnos con él ahora, puesto que el universo está por ser creado. Ni usted podría refutar esa deducción.

—Salvo que yo sea Dios, y que en un momento anterior a éste, lo haya creado a usted, profesor, o a sus átomos, para tomarlos en mi mano de esta manera y rociarlos por aquella zona de la negra oscuridad para que de allí comiencen a brotar todas las galaxias que usted conoce...

...Y diciendo esto, Dios tomó los átomos, y los desparramó por la nada, y de la nada surgió un punto que luego se multiplicó hasta el infinito. Y Dios vio que eso era bueno.

---

4 *(¿Todo lo que vemos o parecemos*
no es mas que un sueño dentro de un sueño?)

Wondering

Sé que hay acontecimientos dolorosos que nunca podré olvidar aunque quisiera porque el olvido nunca es voluntario, y el deseo persistente es el néctar de la memoria. Pienso a veces que el tiempo puede ser un bálsamo, pero no espero vivir tanto para sentir el efecto.

Tengo un amigo que cura personas en el África con un cortaplumas y no sé si algún día lo volveré a ver. Otros que en algún momento fueron mis hermanos y ahora han desaparecido. Una vida pasada que se me aparece en sueños erráticamente, y nunca en forma completa.

Tengo un hijo que me refleja cómo era yo en mi infancia, tan lejana que el velo del tiempo se encargó de cubrir, por suerte, parcialmente. Y él, una abuela que me devuelve a la madre que no recordaba.

También poseo una esposa eterna, y la memoria de mi padre que ya no está, pero sé que pinta con sus pasteles encantados las alboradas que me despiertan por las mañanas...

...A él le pido que interceda para que pueda atesorar incontables recuerdos con mi hijita enferma... quizás por los próximos ochocientos años.

(1997)

Índice

Ángel

El Contrapiso

El Hombre de la foto

El libro de los números

El pez que cayó del cielo.

El puente de las almas

Hymn to her

La Ciudad Perdida de Ubar

La extraña vida de Hans Krommell

Like a burning paper in the air.

La Flor de Novalis

Los ojos del gato

Pequeños detalles

La otra puerta

Viaje al origen del Universo

Wondering

Fabián Sebastián DONNINI

fabiandonnini@gmail.com

Un médico especialista en implantes de memoria envuelto en un homicidio; un inspector que trata de identificar al autor de un misterioso crimen; un ingeniero que queda atrapado en la Cordillera de los Andes a merced de una extraña criatura; un arqueólogo que viaja por el tiempo hasta el Big Bang; son algunos de los universos a los que el lector podrá entrar fascinado gracias a la pluma de ese genial soñador de historias que es Fabián Donnini.

A través de esta excelente colección de relatos, que aúnan la intriga del género policíaco, los elementos oníricos de la literatura fantástica y la elucubración metafísica del ensayo filosófico, el autor nos conduce nuevamente a los temas más inquietantes y misteriosos de la actualidad y el porvenir, haciendo gala de un brillante estilo literario emparentado con Borges, Bradbury, o Poe.

Andrew Gillman

Editorial Autores de Argentina

Otras obras del autor

La partida de
Alan Moral
1997

Nunca. Jamás.
Sucedió.
2022

Libro editado por

Editorial Autores de Argentina